

TERRESTRES Y MARCIANOS, HERMANOS

LOUIS G. MILK

LOUIS G. MILK

TERRESTRES Y MARCIANOS, HERMANOS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián, Álvarez, 151
Buenos Aires

© LOUIS G. MILK —1970

Depósito Legal: B.-23.196 —1970

Printed, in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 — Barcelona

Capítulo primero

—¡La culpa es del Inmortal!
—¡El Inmortal! ¿Dónde está?
—¡Sal, Inmortal! ¡Enseña tu horrible cara!
—El Inmortal es el culpable.
—Muerte al Inmortal…
—El Inmortal debe morir.
—¡Que muera, que muera!
—¡Muera! ¡Muera!

* * *

Kerec oyó los gritos desde lejos y volvió la cabeza. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

Siempre ocurría lo mismo cuando había dificultades.

Llovía con exceso. El Inmortal tenía la culpa.

Había sequía. La culpa era del Inmortal.

Bajaba la temperatura. El Inmortal, culpable.

De cualquier contratiempo que ocurriese, el Inmortal tenía la culpa.

Ellos no, claro. Ellos eran puros, honestos, casi virginales. ¿Cómo iban a tener la culpa de sus propios desastres?

Los gritos sonaban cada vez más cerca. Kerec suspendió su trabajo y se limpió la frente con el antebrazo. Hacía calor de veras.

La sequía esta vez se prolongaba algo más de lo corriente. Sin embargo, era algo que no preocupaba a Kerec demasiado. Tenía agua de sobra en sus campos.

El tumulto se acercó. Ahora ya podía ver la mayoría de las personas que gritaban encolerizadamente contra el Inmortal.

Había algunas mujeres y también bastantes niños que saltaban como si fuese una fiesta. Los hombres, en mayoría, aparecían ceñudos y vociferaban sin cesar.

Algunos, muy pocos, llevaban armas de fuego. La mayoría iban armados con cuchillos o hachas. Otros habían atado su cuchillo al extremo de un palo, improvisando así una lanza. No faltaban los

tipos industriosos que se habían construido un arco y sus flechas.

En total, serían unos trescientos, de los cuales, las dos terceras partes eran hombres furiosos y encolerizados.

Gritaban continuamente. Parecía que con sus gritos quisieran darse ánimos para seguir adelante.

La procesión pasó junto a los límites de los campos de Kerec. Le invitaron a unirse a ellos.

Kerec se negó.

—Lo que vais a hacer es una tontería —dijo claramente.

—¡Eres un renegado! —le apostrofó uno.

—¡Cobarde! —dijo otro.

—No te solidarizas con nosotros —le gritó un tercero.

Kerec no se enojó. Aquellos insultos no eran más que un poco de viento.

—Como queráis —dijo—. Pero vais a perder el tiempo.

Uno de ellos se le arrojó casi encima. Tenía el rostro congestionado, sudoroso, los ojos casi fuera de las órbitas.

Era Tot Forlos, un sujeto poco recomendable de la comunidad. Sucio, vago y aficionado a la cerveza de bayas.

—El Inmortal debe morir —aulló en su propio rostro—. Él es el culpable de todo cuanto nos ocurre. Nuestros campos se agostan por la sequía y las reses mueren de sed. Hoy mismo morirá y todos te miraremos con desprecio, porque no quisiste contribuir a esta buena obra.

—La buena obra hubiera sido la construcción de aquel canal para traer agua de las montañas —dijo Kerec secamente—. Pero tú fuiste uno de los que más se opusieron a la obra. ¿Para qué? El Inmortal nos daría agua cuando la necesitáramos… pero él no puede hacerlo todo. Hubieras tenido que trabajar, ¿verdad, Forlos? Y a ti, el único trabajo que te gusta, es hacer fermentar las bayas para tener siempre una jarra de cerveza a mano.

Sonaron algunas risitas. Forlos se puso lívido de ira.

—¡Vamos, sigamos! —gritó uno—. Si Kerec no quiere venir, nosotros lo haremos sin él.

Forlos blandió el puño.

—Pagarás caro lo que has dicho, Kerec —amenazó con rechinante crujir de dientes.

—Ya sabes dónde vivo —contestó Kerec sosegadamente—. Ven

siempre que quieras, Forlos. Pero tráete tu propia jarra de cerveza, porque aquí solo beberás agua.

La alusión hizo estallar en risas a los más cercanos. Forlos enrojeció de nuevo, pero esta vez no dijo nada. Blandió el hacha que llevaba en la mano y lanzó un salvaje alarido:

—¡Muerte al Inmortal!

—¡Muerte al Inmortal! —rugió la multitud.

Y reanudaron la marcha hacia las montañas, que azuleaban en el líquido cielo sin una nube.

Los gritos se alejaron paulatinamente. Kerec movió la cabeza. Sabía lo que iba a ocurrir.

No era la primera vez que pasaba. Él, tiempo atrás, más joven e ingenuo, se había unido a una de aquellas manifestaciones. Sólo lo hizo una vez.

Acabó por encogerse de hombros y reanudó el trabajo. Un poco más allá, las dos muías de que disponía daban vueltas resignadamente a la noria que proporcionaba agua abundante a sus campos.

* * *

Al atardecer de aquel día caluroso se inició la vuelta de los primeros decepcionados.

Ahora venían solos y desperdigados en su mayoría, constituyendo pequeños grupos ceñudos y silenciosos. Ya no blandían sus armas.

Caminaban arrastrando los pies, sucios y polvorientos. Al pasar junto a los campos de Kerec, más de uno le arrojó una mirada de rencorosa envidia.

Las mujeres y los chiquillos habían regresado ya antes. Kerec vio desfilar ahora a los hombres que ya no vociferaban ni hablaban de matar al Inmortal.

Forlos fue uno de los últimos en pasar, cuando ya el sol se había escondido tras las montañas. Dirigió a Kerec una mirada llena de odio y siguió adelante.

En esta ocasión, Kerec tuvo un presentimiento. Aquella misma noche, en la soledad de su cabaña, limpió y revisó a fondo su escopeta de caza.

Era un arma buena y seminueva. Kerec tenía una cincuentena de cartuchos, pagados prácticamente a peso de oro. Cazaba animales con trampas y otros medios y sólo en circunstancias excepcionales empleaba el arma para abatir alguna presa de importancia o alejar alguna bestia depredadora de sus posesiones.

Kerec durmió toda la noche con la escopeta al alcance de su mano.

Por fortuna, sus presentimientos no se cumplieron… por la noche.

Un angustioso relincho le despertó sobresaltado al filo del amanecer. Kerec saltó de la cama y se precipitó hacia una de las ventanas de su cabaña.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos le hizo hervir de ira. Una de sus muías galopaba frenéticamente por los campos labrados, arrojando torrentes de sangre por su garganta abierta con una hoja de metal.

El animal, de pronto, se desplomó y quedó pataleando espasmódicamente en un bancal de lechugas. Otro relincho sonó y Kerec comprendió que la segunda mula acababa de morir.

El alma se le llenó de fuego. Sin preocuparse de su escasa indumentaria, agarró la escopeta y salió fuera de la cabaña.

Dos o tres individuos pegaban fuego a la noria. Un jinete, montado en su caballo, arrastraba unas largas varas con ganchos, con las cuales estaba arrasando sus sembrados.

La noria empezó a arder. Sonaron gritos de alegría.

—¡Quietos, quietos! —gritó Kerec.

Un hombre apareció de repente ante él, saliendo de detrás de la cabaña. Sonreía con expresión diabólica.

—Tú —dijo Kerec.

Forlos asintió.

—El mismo, Kerec.

—Estás destruyendo mi propiedad…

La propiedad de un demoníaco aliado del Inmortal —dijo Forlos —. Lo que se ha hecho, ha sido de común acuerdo.

—¿Acuerdo? —rugió Kerec—. Inspiración tuya, di mejor. Inspiración tuya, porque te corroe la envidia, porque siempre fuiste un vago y un gandul y un borrachín y nunca supiste progresar ni salir de la inmundicia en que siempre vives.

—¡Hiciste un pacto con el Inmortal! ¡Tú tienes agua siempre! ¡A nosotros nos falta! —bramó Forlos.

—Trabajé, hice las cosas de acuerdo con lo que me dijo el Inmortal, y salió bien. Pero, sobre todo, trabajé. Tú también podrías haber tenido una noria, pero para ti era más interesante cultivar bayas con que hacer la cerveza con la que te emborrachas a diario. Forlos, eres un sujeto ruin y miserable, que no merece vivir en la comunidad.

—¡No me digas eso! Yo soy un buen ciudadano, cosa que no se puede decir de ti. Lo que pretendes es explotarnos y convertirte en nuestro dueño, pero no lo conseguirás. ¡Muchachos, venid aquí; vamos a pegar fuego a la cabaña de este infernal cómplice del Inmortal!

Dos o tres individuos corrieron hacia allí, con ramas encendidas. Kerec les apuntó con la escopeta.

¡Fuera! —gritó—. ¡Fuera o dispararé!

Su más resuelta actitud pareció amedrentar a los incursores. Una o dos ramas encendidas cayeron al suelo. Sus portadores no se atrevieron a lanzarlas sobre el tejado de la cabaña.

En aquel momento, Kerec vio un movimiento sospechoso con el rabillo del ojo.

Se volvió. Apenas si tuvo tiempo de esquivar el hacha que Forlos le había arrojado a la cabeza.

El arma pasó zumbando junto a su oreja. Por un movimiento reflejo, Kerec apretó los dos gatillos del arma.

Forlos lanzó un horrible alarido. Alcanzado de lleno por la descarga, su cara se convirtió instantáneamente en una espantosa máscara de sangre. Chorros de rojo líquido brotaban asimismo de su garganta.

Forlos cayó al suelo, perneando frenéticamente. Unos segundos después, se había quedado quieto.

La tierra reseca de la explanada empapaba la sangre que manaba cada vez con más lentitud.

Capítulo II

Los ecos de los estampidos, se disiparon lentamente. Un abrumador silencio gravitó sobre el lugar.

Sólo se oía el intermitente crepitar de las llamas que consumían el armazón de la noria. Los testigos de la escena permanecían estupefactos, anonadados por lo que acababa de ocurrir.

En muchos años, era la primera vez que se producía una muerte violenta, causada por la mano de un hombre. Kerec lamentó el impulso que le había hecho oprimir los gatillos.

Los otros empezaron a reaccionar. Kerec también.

Saliendo de su estatismo, corrió hacia la cabaña y recargó el arma apresuradamente. Luego se asomó a la puerta.

—¡Largo! —ordenó—. ¡Fuera de aquí, si no queréis correr la misma suerte de Forlos!

La actitud de Kerec impresionó a los invasores, ninguno de los cuales disponía de armas de fuego. El jinete cortó las cuerdas de sus instrumentos de devastación y escapó a todo galope.

Los otros huyeron a pie, atropellándose unos a otros. Kerec permaneció vigilante, hasta que los vio desaparecer al otro lado de la loma que cerraba el vallecillo por aquel lado.

Estuvo unos momentos inmóvil. Sabía lo que iba a ocurrir.

La noticia de la muerte de Forlos llegaría en pocos minutos a la aldea. La mayoría de sus habitantes se sublevarían.

Los ánimos estaban todavía excitados por el fracaso de la víspera. Él acabaría pagando las culpas de aquel fracaso.

Estaba más cerca y resultaba una presa fácilmente alcanzable. Además, tenía muchos enemigos.

Su prosperidad se los había creado. Focos habían sabido comprender que tal prosperidad se debía a un trabajo tenaz y sin descanso, empleando no sólo las manos, sino también la inteligencia.

Lanzó una mirada al cadáver de Forlos. Las moscas revoloteaban zumbando en tomo al muerto. Quiso lamentar su acción en lo que tenía de haber cortado el hilo de una vida humana, pero no pudo.

No, no podía dolerle la muerte de Forlos. Siempre había sido un sujeto indeseable. Si en la comunidad hubiese habido un poco más

de inteligencia, Forlos debería haber sido expulsado hacía ya muchos años.

Pero no había sido así ni tampoco era momento de lamentaciones. Lo que correspondía era evitar una suerte desagradable.

Entró de nuevo en la cabaña. Precipitadamente, arrojó algunos víveres en una bolsa, en la que puso también todos los cartuchos para la escopeta. Atravesó un cuchillo de caza en el cinturón, descolgó la cantimplora llena de agua, que siempre tenía a mano y salió fuera.

Todavía no se veía gente en el camino de la loma, pero no tardarían en divisarse las primeras avanzadillas. Kerec no podía perder ya un minuto.

Echó a andar con paso vivo. Ya no le darían alcance, y aunque se organizase la persecución, una vez metido en el terreno fragoso de las montañas, ya no temía a nadie, hombre o bestia.

* * *

La nave se posó en el suelo con suavidad, sin hacer el menor ruido. Una escotilla se abrió y la escalera se desplegó automáticamente.

Tres personas descendieron del aparato: dos hombres y una mujer. Ella era joven, hermosa y estaba muy pálida.

Miró a su .alrededor. El aterrizaje se había efectuado en una hondonada de vastas dimensiones, cubierta de abundante vegetación, rodeada por montañas que, en la distancia, tenían aún sus picos cubiertos de nieve.

Cerca corría un arroyo. Era un paisaje encantador, tan distinto del de su mundo natal.

Pero en aquellos momentos, la joven no sentía el menor deseo de admirar un panorama que resultaba completamente nuevo para ella. Delante de sí tenía dos rostros severos y hostiles.

Uno de los hombres sacó un papel del bolsillo, lo desplegó y empezó a leer:

—Julia K-1230, hallada culpable de traición, hecho demostrado con pruebas y sin que existan dudas acerca del mismo, hecho también admitido por usted en sus declaraciones, y en vista de lo

que antecede, el Gran Consejo Rector ha acordado condenarla a la pena de destierro perpetuo en este planeta.

El hombre dobló el papel y lo guardó. Hizo una seña con la mano y agregó:

—El equipaje de la condenada.

Alguien lanzó una bolsa de pequeñas dimensiones desde el interior de la nave. La bolsa rodó por el suelo hasta los pies de Julia.

—Le deseo suerte —dijo el hombre.

Julia guardó silencio. ¿Para qué decir nada?

Los dos hombres volvieron a la nave. La escalera se replegó y la escotilla se cerró.

La nave ascendió raudamente, instantes después, se había perdido de vista.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de la muchacha. ¿Qué iba a ser de ella, sola, en aquel planeta deshabitado?

Su vida no resultaría agradable. A pesar de todo, no se arrepentía de lo que había hecho.

Creía haber obrado en conciencia. No era traición lo que había cometido, sino…

Pero ¿a qué lamentarse?

Julia dejó de llorar. Inspiró con fuerza.

Miró a su alrededor.

Estaba sola, pero era preciso sobrevivir.

* * *

Kerec abrió los ojos y escuchó con atención durante unos segundos.

Cerca de él oía el murmullo de la corriente de un arroyo. Los arbustos impedían verlo.

Había acampado en aquel lugar deliberadamente. Si lo buscaban, la maleza le ocultaría a los ojos de sus perseguidores, pero no le cerraba el paso al arroyo.

Se sentó en el suelo. Le parecía que habían transcurrido cien años desde el momento de su fuga, pero sólo habían pasado unas horas, menos de veinticuatro.

Tenía apetito. Sacó un trozo de carne curada y una galleta y

devoró el sustancioso desayuno, acompañándolo de un trago de agua de la cantimplora.

La residencia del Inmortal se hallaba por aquellos parajes. Kerec, sin embargo, no tenía intención de acercarse por allí durante algunos días. Podían estar vigilados los caminos de acceso.

Se limpió los labios con el dorso de la mano y se puso en pie. Tenía que continuar andando. Debía alejarse de la comarca y dejar pasar un cierto tiempo antes de intentar encontrar al Inmortal.

Recogió la escopeta. De pronto, un extraño sonido hirió sus tímpanos.

El grito de una mujer.

Kerec se puso rígido. Ella parecía estar en peligro.

—¡Socorro! —gritaba.

Kerec amartilló la escopeta y se lanzó hacia delante. Cruzó la barrera de arbustos y salió a terreno más despejado.

Sí, ella estaba allí, sobre el césped de la orilla del arroyo, cerca de un árbol de frondosa copa y largas ramas. En una de éstas, Kerec divisó un cuerpo moteado de blanco y negro.

Era un leopardo. Kerec sabía que, en otros tiempos, aquella clase de fieras habían vivido en una determinada zona geográfica, pero las actuales circunstancias ambientales habían hecho que se extendiesen por toda la superficie del planeta, excepto por las zonas polares.

La fiera había visto en la mujer una presa apetitosa. El leopardo estaba sobre la rama, el cuerpo contraído y los músculos en tensión, dispuestos a saltar en cualquier instante sobre su víctima.

Kerec apuntó con todo cuidado y descargó uno de los cañones. Al trueno de la escopeta, siguió un espantoso gemido.

La fiera rodó por tierra, revolcándose espantosamente, mientras rugía de un modo ensordecedor. Kerec corrió media docena de pasos, tomó puntería con calma y cuando el leopardo empezaba a levantarse de nuevo, le destrozó el cráneo de un certero disparo.

Entonces, tranquilo y sin temor a otros peligros, se encaró con la mujer.

* * *

Kerec la miró asombrado. Ella no estaba menos estupefacta.

Era una joven muy hermosa, de pelo negro, corto, y ojos oscuros y aterciopelados. A Kerec lo que más le chocó fue su extraña indumentaria, un traje de una sola pieza, que parecía hecho con tejido de plata.

A su vez, Julia vio ante sí a un hombre de cabellos rubios y barba de cinco centímetros de longitud. Los ojos de su salvador eran azules, y tenía un cuerpo atlético y bien proporcionado. En cambio, sus ropas eran burdas y mal cortadas.

—Celebro haber llegado a tiempo —dijo Kerec sonriendo.

¿Estoy soñando? —contestó Julia—. Debo de haber muerto…

Kerec se echó a reír.

—Estás viva y bien viva —declaró—. Yo me llamo Kerec. ¿Cuál es tu nombre?

—Julia K-1230… pero no sabía que hubiese habitantes en este planeta. Creíamos que estaba deshabitado, por lo menos, de seres humanos.

Kerec se dio cuenta de que, si bien entendía el lenguaje de la joven, ella hablaba de una forma algo distinta, con giros y palabras que en ocasiones le resultaban nuevos. Pero el entendimiento no resultaba difícil.

—¿De dónde te has sacado que no había gente en este planeta? ¿Qué eres tú sino un ser humano, Julia?

—Creo que no me has comprendido, Kerec. Yo no he nacido aquí.

Kerec miró a la joven con ojos de pasmo.

—¿Cómo? ¿Tú no eres de aquí, de la Tierra? —exclamó.

—Así es. Yo he nacido en Marte, en donde he vivido los veinticuatro años de mi vida, hasta ayer en que llegué aquí.

—Eso… significa que hay naves interplanetarias…

—En Marte siempre las hemos tenido. ¿No hay astronaves en la Tierra?

Kerec hizo un signo negativo.

—Hace por lo menos ochenta o noventa años que se desconocen esos aparatos. Es más, incluso se desconocen todos los vehículos que no son tirados por animales.

—Entonces, estáis viviendo en la Edad de Piedra.

—No tanto —sonrió él—. Tenemos armas de fuego.

Julia contempló la escopeta.

—Un arma muy primitiva, pero de útiles efectos —comentó.

—Desde luego. Y dime, ¿cómo has venido a la Tierra? ¿Por qué estás aquí?

La mirada de Julia se empañó un momento.

He sido condenada a la pena de destierro perpetuo —respondió —. Aquí tendré que vivir el resto de mis días, Kerec.

Capítulo III

Julia contempló con aprensión el trozo de carne curada y la galleta que le ofrecía su salvador.

—¿No… no contendrán gérmenes nocivos? —dudó.

Kerec se echó a reir.

—Aquí desconocemos esas cosas —respondió—. Sí, sé lo que son gérmenes, pero no temas; todos nuestros alimentos son sanos y nutritivos.

Julia probó la carne con desconfianza al principio.

—Parece bueno, pero le encuentro el gusto un poco fuerte —dijo.

¿Es que no coméis carne en Marte? —se extrañó él.

Allí los alimentos son sintéticos, pero nutritivos y equilibrados en sus proporciones dietéticas y vitamínicas. Apenas tienen sabor; interesa a alimentación en sí y no la satisfacción del gusto.

—Sabíamos que Marte estaba habitado, pero jamás pudimos entablar contacto con vosotros —dijo Kerec—. Un mundo extraño debe de ser el vuestro, cuando pensáis de semejante manera.

—Te sorprenderías enormemente si conocieras nuestro sistema de vida y también nuestra manera de pensar. Por fortuna, no llegará ese momento.

—¿Por fortuna? —se asombró él.

Sí. Más que sigáis viviendo de esta manera, que no en la forma hipercivilizada que lo hacemos nosotros; todo reglamentado, pesado, medido, contado… el hombre allí no es un ser humano, sino un número de un conjunto al cual se le asignan determinadas obligaciones, que no puede eludir con ningún pretexto.

—Es curioso —comentó Kerec—. Sin embargo, vuestra civilización debe ser adelantadísima.

—Pero deshumanizada. El hombre no cuenta, sólo el conjunto.

—Vosotros creíais que la Tierra estaba deshabitada. ¿Es que nunca vinisteis a explorarla?

—Si sucedió así, cosa que no creo, lo ignoro. Después de vuestra última y absoluta guerra, el Gran Consejo Rector decidió suspender definitivamente todo contacto con este planeta.

—Se comprende, claro; aquí sólo vivíamos los insensatos…

—Así se piensa en Marte respecto a los terrestres y se os culpa enteramente de la total devastación que cayó sobre la Tierra. Se piensa con respecto a la época en que sucedió esta catástrofe, porque allí se ha sostenido siempre la idea de que no quedaron seres humanos con vida.

—En esa creencia hay un error monumental —calificó Kerec—. Algunos sobrevivieron, refugiándose en lugares subterráneos situados a gran profundidad. Mis abuelos son un ejemplo de eso que te digo.

—¿Viven?

—No, ni mis padres tampoco. Ellos murieron de vejez y mis padres en un accidente. Un torrente se desbordó de súbito y los arrastró.

—Lo siento —dijo Julia—. Entonces, debo de ser yo el primer habitante de Marte que viene a la Tierra desde antes del Gran Conflicto.

—Así opino yo —contestó Kerec—. La destrucción ocasionada por esa guerra total alcanzó tales proporciones, que los sobrevivientes quedaron en un estado sumamente primitivo. Yo escuché a mis abuelos cuando era pequeño y recuerdo las maravillas que contaban del mundo que aquella guerra destruyó. También me hablaron de Marte y de los otros planetas recién conquistados, por supuesto. Me gustaría conocer Marte —añadió el joven con una sonrisa.

—Te gustaría, pero sólo en los primeros momentos. Después lo odiarías.

—¿Por qué? —se extrañó Kerec.

Ya te he dicho que es un mundo deshumanizado, donde hasta el acto más insignificante está minuciosamente reglamentado. —Julia paseó la mirada a su alrededor—. El paisaje de Marte no se puede comparar ni de lejos con éste, y eso que se están haciendo ímprobos esfuerzos para cubrir de verdor su superficie.

—Pero en Marte no hay atmósfera suficiente…

Julia sonrió.

—Kerec, tus conocimientos sobre Marte datan de casi un siglo atrás. En este tiempo, nuestra tecnología ha avanzado la suficiente como para fabricar una atmósfera que nos permita vivir libremente en el exterior. En estas circunstancias, las plantas también pueden

vivir fuera de los invernaderos.

—¿Y los animales?

—Allí no hay animales. Los pocos que hubo en un principio se extinguieron. Aún no se ha sabido por qué no consiguieron reproducirse.

—Entonces, ¿de dónde salen los alimentos para vuestro consumo?

—De las plantas, por supuesto. Debidamente transformados, proteinizados y vitaminizados, y distribuidos de tal modo que a nadie le falta comida en absoluto.

Kerec movió la cabeza.

—Eso sí está bien. Resulta cómodo —declaró.

—Pero inefectivo. Allí no se siente ya el estímulo de luchar. Todo lo hacen las máquinas y unos cuantos dirigen la vida en el planeta, sin contar con los demás. Por eso estoy yo aquí.

Kerec enarcó las cejas.

—No entiendo —dijo.

—Me sublevé contra el actual estado de cosas y mis acciones fueron calificadas de traición. El resultado no podía ser más que uno: destierro a perpetuidad.

—Esa condena es una paradoja —sonrió Kerec—. Estás desterrada en el propio planeta del que procedes, porque, como supongo no ignorarás, los actuales habitantes de Marte son descendientes de aquellos terrestres que hace ciento cincuenta años iniciaron su colonización.

—Lo sé —contestó Julia—. Eso hace mucho más llevadera mi condena, porque, de este modo, he vuelto al planeta del que un día remoto salieron mis antepasados. Pero estoy segura de que si ellos conocieran el resultado de su colonización, abominarían de ella mil veces —concluyó la joven en tono lleno de firmeza.

* * *

Las llamas de la hoguera se movían alegremente en la quieta atmósfera de la noche. Cerca se oía el suave murmullo del arroyo.

Julia estaba tendida sobre el césped, con las manos bajo la nuca, mirando a las estrellas. Kerec daba vuelta a un conejo, atravesado en un improvisado asador y situado sobre la hoguera.

—Estás mirando a ver si encuentras a tu planeta —dijo él.

—Sí, pero no lo echo de menos, Kerec. Aunque a ti te parezca lo contrario, resulta embriagadora esta sensación de libertad absoluta. Poder hacer lo que una quiera, sin limitación alguna, debe ser maravilloso.

—Bueno —replicó Kerec—, también aquí tenemos nuestras limitaciones.

—No compares lo que pasa en la Tierra con lo que sucede en Marte. ¿Quién te ha impedido cazar un conejo, encender una hoguera, bañarte cómo y donde te parezca, dormir cuando gustes o tengas sueño... y tantas otras cosas más?

—Eso es muy cierto —convino el joven.

—Allí todo se hace a horas determinadas, con un escasísimo margen en el tiempo señalado. Comer, dormir, trabajar, asearse… todo, absolutamente todo está reglamentado al máximo. Incluso los momentos de ocio, Kerec.

—En tal caso, no envidio la vida marciana, Julia, por muy adelantada que sea vuestra civilización.

Julia se volvió de pronto y le miró, apoyada en un codo.

—Pero tú estás solo ahora —dijo—. ¿Por qué no estás con tu pueblo? ¿O es una tribu?

—Ni lo uno, ni lo otro… más bien una pequeña comunidad, que no tenía nombre siquiera. Tuve que huir, Julia. Maté a un hombre.

Ella lanzó una exclamación de horror.

—¡Eres un homicida!

—¿No se cometen homicidios en Marte? —rezongó él de mal humor.

—No recuerdo que se haya cometido ninguno en muchísimos años, Kerec.

—Tuve que matar —dijo él sombríamente—. O me hubieran matado a mí.

—Entonces te defendiste.

—Así es, Julia.

—¿Qué pasó, Kerec? ¿Quieres contármelo?

Kerec retiró el conejo del fuego y lo olisqueó unos instantes. Luego, sonriendo, contestó:

—Después, Julia. Este conejo huele muy apetitosamente y sería una lástima desperdiciar en la charla el tiempo que podemos

emplear saboreando su carne.

* * *

Julia lanzó un gozoso suspiro después de arrojar el último hueso a un lado y, a continuación, se limpió los dedos con un puñado de hierba. Kerec la miraba sonriente.

—Es la primera vez que pruebo la carne asada —dijo ella.

—En la Tierra tendrás ocasiones de repetirlo. A diario, podría decirse; y también el sabor del pescado. Tendré que hacerme una caña y… Pero ahora quieres conocer mi historia.

—Si no tienes inconveniente, Kerec.

—Ninguno, Julia.

Kerec empezó a hablar. Ella la escuchaba en silencio, fascinada por el relato que el joven le hacía de su vida, hasta llegar al momento de la tragedia.

—Eso es todo —concluyó Kerec—. Nada extraordinario, como puedes comprender.

—Para mí, lo es —dijo Julia—. Es la aventura más asombrosa que he oído en mi vida. Vuestra existencia aquí debe de ser muy azarosa.

—Si la comparas con la vuestra, tan minuciosamente reglamentada, según dices, sí. Pero no es normal que surjan disputas de ese género a cada momento.

—Por lo que has dicho, algunos te envidiaban.

Sí. Trabajaba y. obtenía un buen provecho de mi valor. Esto era lo que algunos no entendían. O no querían entender, como gustes.

—¿Y el Inmortal? ¿Quién es? ¿Le has visto alguna vez?

Kerec guardó silencio unos instantes.

Su vista se tendió hacia las distintas montañas, cuyos picos parecían de plata al recibir la luz de la luna.

—No le he visto, pero he hablado con él —respondió al cabo—. Nadie le ha visto. Él, sin embargo, nos ha dicho que es Inmortal, y que sus consejos nos ayudarán a rehacer nuestra civilización.

—¿Es algún dios? —preguntó Julia temerosa.

—No, no puede serlo —replicó Kerec—. Un ser humano, dotado de facultades extraordinarias, cuya afición por nosotros no puede ponerse en duda. Pero creo que también comete errores.

—¿Cuáles, por favor?

—En mi opinión, tratarnos como a chiquillos. Cuando algún trabajo sale mal, la mayoría gritan contra él y quieren darle muerte. Luego se cansan de correr y vociferar y regresan a la aldea, sin darse cuenta de que ese fracaso consiste, precisamente, en la mala aplicación de los consejos e instrucciones del Inmortal, pero, sobre todo, en la falta de aplicación y en la vagancia.

—Entonces, opinas que el Inmortal debería considerar que sois adultos hechos y derechos y no inmiscuirse demasiado en vuestras vidas.

—Sí, lo creo sinceramente, Julia.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—Salvando la distancia, creo que el Inmortal y el Gran Consejo Rector de Marte tienen muchos puntos en común. ¿Piensas buscarle?

—Emprenderé el viaje mañana —respondió Kerec.

—¿Te importaría que fuese contigo?

Kerec la miró y sonrió.

—Estás en la Tierra como un náufrago en una isla desierta. Al menos, eso creías cuando te abandonaron a tu destierro.

—Es verdad —reconoció la muchacha.

—En tal caso, no te abandonaré. Vendrás a mi lado y empezarás a vivir una nueva existencia.

—La vida que me espera aquí para siempre —concluyó ella con un suspiro.

* * *

Caminaban paralelamente al arroyo, siguiendo su curso tortuoso e irregular, pero siempre ascendente. El suelo se elevaba a cada paso que daban. Hacía calor, pese a la frescura de los árboles y a la brisa que descendía de las montañas. Kerec se dio cuenta de pronto que la muchacha flaqueaba.

Se volvió. Julia tenía la faz encarnada y sudorosa y respiraba con cierta dificultad.

—Te cansas —dijo él.

Julia hizo un signo de asentimiento.

—La distinta gravedad… La falta de costumbre de hacer

ejercicio… —se excusó.

—No tenemos prisa. Un día o dos en nuestras circunstancias, poco importan.

Julia dejó en el suelo la bolsa que llevaba consigo. Kerec se preguntó qué podría contener, pero, discreto, opinó que no debía obligar a la muchacha a que declarase la naturaleza de la carga.

—Hace mucho calor —dijo Julia—. Me gustaría darme un buen baño.

—Sobre todo, a una hora fuera del reglamento —sonrió Kerec. Extendió la mano y señaló un punto—: Allí tienes un buen remanso. Yo esperaré aquí a que hayas terminado.

—Gracias, Kerec. Eres muy bueno conmigo.

—No tiene importancia, Julia.

La muchacha se alejó y pasó al otro lado de unos arbustos. Kerec vio un instante el resplandor blanco de unos hombros perfectamente contorneados y luego oyó el chapoteo de un cuerpo al entrar de golpe en el agua.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Kerec notó un cierto cambio en la atmósfera.

Aspiró con fuerza. Un olor harto conocido llegó a su nariz.

Inmediatamente se puso en guardia. El olor a sudor humano resultaba inconfundible.

Se puso en pie en el acto y amartilló la escopeta.

Estaba convencido de que la persona que se acercaba —hombre, seguramente—, no albergaba intenciones amistosas.

Capitulo IV

La vuelta casi completa al estado primitivo había reavivado en los terrestres facultades que un exceso de civilización había adormecido. Guiado por el olor, que en otras circunstancias no habría percibido, Kerec avanzó con gran cautela en busca de la fuente de origen.

Ganó una docena de pasos. De pronto, oyó un agudo grito:

— ¡Kerec!

El joven se lanzó hacia delante y atravesó los arbustos con terrible ímpetu. Julia volvió a gritar.

Había un hombre metido en el agua hasta la cintura, tirando con fuerza de una de las manos de la muchacha. Julia luchaba por mantenerse a cubierto en el remanso, cubriéndose el pecho con la mano libre.

El intruso, ciego, enloquecido por la visión de la blanquísima piel de Julia, no se había dado cuenta aún de la presencia de Kerec. De repente, sonó un disparo.

Kerec había disparado a lo alto. El intruso soltó a Julia y echó mano a un puñal que llevaba a la cintura.

—¡Quieto!

La vista de la escopeta la inmovilizó en el acto. Sus ojos centellearon de ira al verse encañonado por el arma.

—Sal del agua y vete, Dalfor —ordenó Kerec—. Si no lo haces antes de diez segundos, te mataré.

—Como hiciste con Forlos —gruñó el otro.

—Forlos intentó matarme.

—La gente de la comunidad te busca. Cuando te encuentren, arderás vivo.

Julia, con los ojos desorbitados, contemplaba la escena, sumergida en el agua hasta el cuello. Los dos hombres se miraban como fieras, dispuestos en cualquier momento a saltar el uno contra el otro.

Era algo completamente nuevo para ella. Jamás había visto nada semejante.

—Antes de dejarme capturar, muchos morirán —contestó Kerec, sin perder la calma—. Cuando los veas, diles que todavía tengo

muchos cartuchos para defenderme.

Dalfor salió a la orilla y recogió el arco y las flechas que había dejado sobre la hierba.

—Iré a buscarlos y les diré dónde te he visto —prometió en tono rencoroso.

Luego miró a Julia.

—Y ella será para mí —añadió.

Giró sobre sus talones y partió al trote, perdiéndose en la espesura instantes más tarde. Julia y Kerec intercambiaron una mirada.

—Lo siento —dijo ella.

—Soy yo quien debe pedir excusas —contestó Kerec—. Me siento avergonzado de algunos de mis semejantes.

—Todos no deben ser así, opino.

—Pero los tipos como Dalfor son los que ensombrecen nuestro futuro —respondió Kerec en tono pesimista—. Y los que impiden un desarrollo más rápido… No hablemos más de esto —dijo de pronto —. Tienes que vestirte; hemos de irnos de aquí cuanto antes.

—Sí, Kerec —accedió Julia.

* * *

Los ojos de Dalfor espiaban el arroyo a través de las ramas de unos arbustos. El odio hervía en su ánimo.

Dalfor no había corrido en busca de sus compañeros, como había prometido. Tras alejarse medio centenar de metros sobre el arroyo, había vuelto cautelosamente sobre sus pasos.

La escopeta de Kerec le infundía un gran respeto. Pero estaba Julia y esto borraba en él cualquier otra consideración.

Había visto a la joven bañándose en el arroyo. Una pasión animal, no disipada todavía, le había cegado por completo.

Quería convertirla en su esposa y lo conseguiría a cualquier precio. Sólo había un obstáculo para el logro de sus propósitos: Kerec.

El joven estaba en pie, a veinte pasos, con la escopeta en las manos. Desde su escondite, Dalfor podía verle bien.

Julia salió del arroyo, blanca y deslumbrante como una diosa mitológica. Dalfor sintió que un velo rojo enturbiaba su visión.

Lenta y sigilosamente, colocó una flecha en la cuerda y tensó el arco. Julia se colocaba el mono plateado en aquel instante.

La flecha partió silbando y alcanzó su blanco. Kerec gritó ahogadamente, vaciló un poco, dio dos pasos tambaleándose y cayó al suelo.

Sin embargo, no había perdido el conocimiento. Quedó de bruces, sintiendo en el lado izquierdo de la espalda un quemante dolor. Sabía qué clase de arma lo había derribado sin remisión.

—He descuidado la vigilancia —se reprochó.

Julia oyó su grito y corrió a ayudarle. La muchacha sintió miedo al verle caído, con una flecha asomando por la espalda.

—¡Kerec! —chilló.

El flechazo había dejado a Kerec momentáneamente sin fuerzas. Apenas si pudo balbucear:

—Cuidado… Dalfor…

Julia volvió la cabeza. Tranquilo, seguro de su triunfo, seguro de sí mismo, Dalfor avanzaba hacia ellos, haciendo saltar en la mano el cuchillo con el que pensaba rematar su tarea.

—Dame mi… escopeta… —pidió Kerec ahogadamente.

Julia reaccionó y corrió hacia su bolsa, de la que extrajo un tubo de metal, doblado en ángulo casi recto, de unos veinte centímetros de longitud total. En la parte inferior tenía como una especie de depósito de forma oblonga, también de metal.

—¡Quieto! ¡No te muevas! —intimó a Dalfor.

Pero el individuo no hizo el menor caso. Seguía sonriendo torvamente.

Julia se dio cuenta de que no había fuerza humana capaz de detener a Dalfor, obsesionado por la idea de matar a Kerec y conseguirla a ella. Tocó un resorte del arma que tenía en la mano y un chorro de fuego dorado brotó de uno de sus extremos, alcanzando a Dalfor de lleno.

Dalfor no tuvo tiempo ni de gritar. En una fracción de segundo, todo su cuerpo, con cuanto llevaba encima, se convirtió en un ascua de luz de deslumbrante resplandor.

El fenómeno duró unos pocos segundos. El resplandor desapareció y Dalfor se convirtió en un montoncito de cenizas, que fueron rápidamente dispersadas por la brisa que soplaba.

Kerec contempló el suceso con ojos de extrañeza. Pero, de

repente, sintió que todo daba vueltas a su alrededor y perdió el conocimiento.

* * *

Cuando Kerec volvió en sí, se encontró acostado en el suelo, desnudo de la cintura para arriba. El dolor de la herida había desaparecido por completo.

Tardó algunos momentos en recobrar la consciencia total. Luego vio a Julia sentada sobre sus talones, trente a él, sonriéndole.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

Kerec se dio cuenta de que estaba tumbado boca arriba, lo que, teniendo presente el lugar de la herida, no resultaba lógico.

—Ya estás curado —dijo Julia.

—¿Qué? —se asombró Kerec.

—Sí. Aprovechando tu desvanecimiento, te saqué la flecha. Luego embadurné la herida con «plasmocelulina», una sustancia cicatrizante y regeneradora de los tejidos, que contuvo la hemorragia casi en el acto. Naturalmente, no te puede devolver la sangre perdida —explicó la muchacha.

Kerec se sentó en el suelo.

—¡Es fantástico! ¡Puedo moverme sin dificultad!

—Yo te aconsejaría unas horas más de reposo, por la sangre perdida. En cuanto a la herida, mañana no se notará ya rastro de ella.

—Me siento abrumado —dijo Kerec—. Esa «plasmocelulina» es una droga mágica.

—Un poco menos —dijo Julia—. Pero sí resulta muy efectiva. De otro modo, habrías necesitado no menos de tres o cuatro semanas para curarte por completo.

—Es fabuloso —murmuró él—. ¡Qué mundo tan adelantado debe de ser el vuestro!

—Adelantado técnicamente, pero anquilosado en lo espiritual —calificó la joven.

—Me gustaría conocerlo, palabra. ¡Oye! —exclamó Kerec de pronto—. ¿Qué ha sido de Dalfor? Recuerdo que…

La cara de Julia se oscureció.

—Yo también me he convertido en una homicida —respondió—.

Tuve que matarle, porque él quería matarte a ti.

—Me salvaste la vida. Yo estaba sin fuerzas, incapaz de mover un dedo…

—Lo siento. No me quedó otra opción.

—No lo lamentes. Hiciste lo que debías, porque la razón estaba de tu parte. Pero ¿qué clase de arma usaste? Recuerdo que vi un resplandor intensísimo, pero ya no sé más.

—Es una pistola solar, recargable por la acción de los rayos del Sol. Pero a mí misma me sorprendieron sus efectos; fue una descarga de terrible intensidad y no me explico los motivos. Debería haber fulminado a Dalfor, abrasándole simplemente el corazón… y lo convirtió en cenizas. No lo entiendo dijo ella, desconcertada.

—Eso es algo que no debe preocuparnos mucho por ahora. Los amigos de Dalfor sí deben preocuparnos mucho más, porque quizá no anden lejos. De todas formas, confío en poder esquivarlos.

—¿Adónde iremos después? —preguntó Julia.

Kerec tendió la vista hacia las montañas.

—Al lugar donde había decidido en un principio —contestó —A la morada del Inmortal.

Capítulo V

Pedro L-4011 era uno de los encargados de revisión de las cintas donde se grababan automáticamente todos los incidentes de los viajes espaciales de las naves marcianas. La labor de Pedro era más bien rutinaria.

Se trataba de un trabajo poco fatigoso y que requería un mínimo de atención. Por lo general, el comandante de una nave, al regresar de un viaje espacial, rendía un informe muy detallado del mismo. La revisión de la cinta sólo era un proceso reglamentario, que no solía causar incidencias en el informe posterior.

Pero aquel día, al revisar la cinta y contemplar los resultados de las grabaciones en los aparatos de análisis, vio algo que llamó su atención de una manera especial.

—¿Será posible? —murmuró Pedro, atónito.

Repitió el pase de la cinta. No, las indicaciones no fallaban. Pedro, por otra parte, era lo suficientemente experto como para equivocarse.

Consultó el indicador de infrarrojos, de detección molecular, de radiación calórica animal, el radioelectroencefalógrafo… Todos los aparatos señalaban lo mismo.

¡Había vida humana en la Tierra!

—¡Es increíble! —dijo—. Siempre nos enseñaron que la humanidad se extinguió por completo en aquel terrible Gran Conflicto…

La verdad era, por otra parte, que los viajes espaciales de Marte a la Tierra eran escasísimos, últimamente se había realizado uno, para desterrar a una traidora, pero hacía decenas de años que ninguna nave marciana había viajado a la Tierra.

El suelo y la atmósfera debían de estar contaminados, era la creencia general. Por tanto, todos los supervivientes del Gran Conflicto debían de haber desaparecido.

Ésta era la razón de la escasez de viajes de Marte a la Tierra. Y sólo debido a una sentencia del Gran Consejo Rector, se había realizado uno, después de más de treinta años de total incomunicación entre ambos planetas.

—Claro que hace treinta años, no se habían inventado estas

cintas registradoras —se dijo Pedro.

Rebobinó la cinta y movió unas cuantas teclas de su cuadro de mando. La cinta tenía una pista en la que se grababan imágenes, haciendo omisión de todos los otros registros.

En la pantalla, Pedro pudo ver el acercamiento de la nave a la Tierra y su descenso. Luego, cuando el aparato se elevó de nuevo, contempló a la desterrada, empequeñeciéndose rápidamente.

Después vio a lo lejos, con el aumento de tamaño de la imagen, una serie de figurillas que se movían desordenadamente de un lado para otro. También divisó construcciones sobre cuyo origen no cabía duda alguna.

Eran cabañas muy primitivas, pero Pedro había estudiado Historia de la Tierra, como todos los marcianos. También vio columnas de humo, indicio inequívoco de la existencia de seres inteligentes.

—Pero ¿cómo diablos no lo habrán visto esos zoquetes de la nave «RR-Zeta-Dos»? —masculló entre dientes.

El enigma tenía una explicación: los aparatos registradores captaban sucesos que escapaban al ojo humano.

—Y más, si se cree que no hay vida humana, porqué entonces, no se preocupan de buscarla —dedujo Pedro.

El descubrimiento, además de sensacional, era irrefutable. Pedro tenía las pruebas en la mano y conocía cuál era su deber.

Alargó la mano hacia el interfonovisor que tenía a su derecha. Contuvo el gesto.

Eran las diez y media de la mañana, hora marciana. Hasta las doce y trece no llegaba el momento de informar a su inmediato superior, caso de encontrar algo digno de mención en sus revisiones.

Pedro dudó. Los reglamentos eran muy severos al respecto. No se podían quebrantar sus disposiciones.

Pero el descubrimiento resultaba tan fantástico, que Pedro, desafiando todo posible castigo, se decidió a informar, aun no siendo hora de hacerlo.

¡Al diablo con los reglamentos por una vez! —se dijo.

'Y marcó el número de su jefe.

Instantes después, se iluminó la pantalla. Una cara avinagrada apareció en el cuadrado de vidrio deslustrado.

¿Qué ocurre ahora? ¿Por qué llama, no siendo el momento decretado por los reglamentos?

—Lo siento, señor —se excusó Pedro—. Pero he revisado la cinta de vuelo de la nave «RR-Zeta-Dos» y he encontrado algo tan interesante que no he podido por menos de llamar para comunicárselo.

—No será muy interesante —gruñó el jefe de Pedro—. El comandante de esa nave es, precisamente, uno de los más capacitados y no hay detalle que se le escape cuando realiza una misión encomendada por el Gran Consejo Rector. Y mucho menos en el último viaje que hizo.

—Lamento mucho tener que borrar de su ánimo la buena impresión que tiene sobre el comandante de la «RR-Zeta-Dos», señor —dijo Pedro, impasible—. En esta ocasión, al menos, hay algo muy importante que se le escapó, sin que lo advirtiera.

—Pedro, o la noticia que me da usted justifica la violación de las reglas o ya puede ir disponiéndose a recibir un severo castigo. ¿Quiere decirme, de una vez, qué es lo que ocurre?

Pedro sonrió al replicar:

—Ocurre, señor, que en contra de la creencia general, hay vida humana en la Tierra.

* * *

Kerec se detuvo en una pequeña explanada rocosa, situada en un enorme farallón, al pie del cual corría un caudaloso torrente, y se limpió el sudor de la frente con la manga de su traje.

Julia se le unió. El panorama que se divisaba desde allí era maravilloso, sobre todo para ella, habituada a un mundo de escasos accidentes orográficos y, además, con una luminosidad muy apagada, en penumbra la mayor parte de las épocas del año.

—¿Falta mucho? —preguntó ella, jadeante.

Kerec la miró con simpatía.

—Te cansas, ¿verdad?

—Ya me estoy acostumbrando —sonrió Julia.

—Dentro de un par de horas habremos alcanzado la residencia del Inmortal. Ahora vamos a descansar un poco; no eres tú sola la que lo necesitas.

Julia se sentó en un pedrusco, exhalando un suspiro de satisfacción.

—Creo que me va a gustar vivir en este planeta —dijo.

—A fin de cuentas, de aquí salieron tus antepasados. Con el transcurso del tiempo se ha purificado la atmósfera y descontaminado las aguas y el suelo. Ahora, la Tierra es perfectamente habitable.

—Si lo supieran en Marte…

—¿Crees que vendrían a explorar?

—No lo sé. Allí se da como axiomático el hecho de que la Tierra está deshabitada.

—¿Y contaminada?

—Sí, también, aunque ya se alzan voces sosteniendo tu misma opinión. Pero dime, esa contaminación ¿no afectó a tus abuelos? Me refiero a la genética de la herencia…

—Estuvieron encerrados largos años en un lugar donde no alcanzaban las radiaciones del exterior. Sus hijos, mis padres, habían nacido ya, y cuando salieron a la superficie, la descontaminación había alcanzado ya un grado muy elevado. Por tanto, el nivel de radiaciones nocivas era muy bajo y no se produjeron consecuencias graves en los descendientes de la tercera generación, que son los de mi edad.

—Comprendo. ¿Sabes si hay muchos habitantes en la Tierra?

Kerec se encogió de hombros.

—Nuestra comunidad se compone de unos trescientos miembros —respondió—. Sé de otras dos o tres aldeas, que en total sumarán mil o mil quinientos más. Pero el planeta es grande y no he viajado a grandes distancias.

—Habrá más habitantes —afirmó Julia—. De todas formas, eso importa poco ahora. Importa más encontrar al Inmortal, ¿no crees?

—Sí, Julia.

—¿Por qué vive tan lejos? —se extrañó la muchacha.

—Nunca ha dado una explicación convincente. Yo supongo que es un ser que necesita soledad para sus meditaciones. Desde luego, jamás se ha negado a recibir a nadie ni tampoco ha negado sus sabios consejos. Incluso más de una vez descendía a los valles a visitarnos, pero ordinariamente permanecía en las montañas casi de continuo.

—Y los hombres de tu comunidad querían matarle ahora, creyéndole culpable de la sequía.

Kerec soltó una risita.

—Le creen culpable de todos sus fracasos —respondió—. No se detienen a analizar sus acciones y reflexionar sobre los resultados. Creen que el Inmortal lo puede todo y piensan que debería mantenerlos sin dar golpe.

—Tú no piensas así, ¿verdad?

—Mi opinión es que los triunfos o fracasos de la persona son debidos a sus propias acciones.

—Sí, es cierto —convino Julia—. Kerec, cree que podríamos continuar ya.

—Como gustes.

De nuevo reanudaron la marcha. Una hora más tarde, Kerec divisó en lontananza una columna de humo que parecía una tira de gasa gris en la clara atmósfera de las montañas.

—Ya llegamos —dijo—. Ése es el humo de la hoguera que arde continuamente ante la morada del Inmortal.

Aceleraron el paso. El sendero se retorcía continuamente en la montaña, pero no resultaba demasiado costoso caminar por él. De pronto, al doblar una gran roca, se encontraron ante una vasta explanada situada al borde de un profundísimo desfiladero.

La explanada terminaba por el otro lado en un muro de roca, casi perpendicular, prácticamente una pared lisa, en cuyo centro se divisaba la entrada a una cueva.

La boca de la cueva era semicircular, de cinco o seis metros de altura. Delante de la misma se veía un círculo de piedras, en cuyo centro había algunas brasas.

Apenas si salía humo ya de la hoguera, que se extendía con rapidez. En medio de un profundísimo silencio, solamente alterado por los tenues silbidos del viento, Kerec y Julia avanzaron hacia la caverna.

Miraron al interior desde la entrada. La oquedad se hallaba completamente vacía.

—¿Dónde está el Inmortal? —preguntó Julia, extrañada.

Kerec se sentía desconcertado.

No había nada en la cueva. Recordaba haber visto ropas, utensilios, herramientas, libros, papeles…

Ahora no había nada, absolutamente nada. Daba la sensación de que nadie jamás antes de ellos había estado en aquellos parajes.

Sin saber qué contestar, se volvió y contempló el círculo de piedras.

Una debilísima columna de humo salía de la última brasa. De repente, Kerec vio un ligero chispazo en las cenizas y el humo dejó de salir.

El fuego se apagó. A Kerec le dio la impresión de que aquel chispazo final representaba el término de la existencia del Inmortal.

Capítulo VI

Pedro L-4011 se sentía muy nervioso.

No acababa de comprenderlo. Había recibido una citación y debía comparecer ante el Gran Consejo Rector.

Era un hecho insólito. Los ciudadanos que eran recibidos por los hombres que regían los destinos de Marte podían contarse, al cabo del año, con los dedos de la mano.

Por lo general, se trataba siempre de personas de elevada posición: científicos de valía, gobernadores de territorios, algún artista de talla excepcional, el comandante de alguna nave que había realizado una arriesgada exploración espacial… Pero los simples ciudadanos como él no solían ser recibidos por el Gran Consejo.

Pedro se lamió los labios. No había motivo para sentirse aprensivo. Los Consejeros le iban a felicitar por su descubrimiento.

Ello le valdría un ascenso. Un puesto mejor, una vivienda mayor, honores, quizás el derecho a elección de pareja en lugar de esperar a que las computadoras eligieran por él a su esposa…

Miró a los dos soldados que permanecían a ambos lados de la puerta, inmóviles como estatuas. Sintió conmiseración por ellos; todavía estaban en una escala inferior a la suya.

De repente, se abrió la puerta. Un oficial hizo una seña con la mano:

—Pase, Pedro L-4011.

Pedro trató de dominar el temblorcillo de sus piernas y avanzó hacia el oficial. Éste le hizo cruzar la puerta y se detuvo ante unos espesos cortinajes de color púrpura.

—Aguarde aquí un minuto. Luego le llamarán —dijo el oficial.

Pedro se quedó solo. El tiempo se le hizo interminable, hasta que, de pronto, oyó una voz que pronunciaba su nombre.

—Sí, estoy aquí —contestó al requerimiento.

Atraviese las cortinas. El Gran Consejo Rector se dispone a recibirle en audiencia.

Pedro apartó las cortinas. Casi estuvo a punto de gritar de decepción.

Hallábase en una estancia de forma de herradura circular, en

cuyo centro se divisaba una silla de recto respaldo. Era el único mueble de la estancia

¿Allí se reunían los consejeros?, pensó con desconcierto.

Luego vio en la pared, en hilera y a intervalos regulares, una serie de círculos brillantes. Inmediatamente adivinó lo que eran.

Objetivos de televisión. Había veinticuatro, uno por cada consejero.

Seguramente, los consejeros permanecían en sus domicilios particulares y le observaban a través de un circuito cerrado de televisión. Pedro pensó que aquel circuito debía de servir para que los miembros del consejo se comunicasen entre sí, omitiendo de este modo los desplazamientos.

—¿Me oye bien, Pedro? —preguntó la voz.

Sí, señor —contestó el joven.

—Está bien. Debe saber que le habla el Primer Gran Consejero Rector, en nombre de sus compañeros y para expresarle un acuerdo que se ha tomado después de sus informes.

—Sí, señor. Le escucho, señor.

El acuerdo tomado por el Gran Consejo Rector, unánimemente, es: Pedro L-4011, se le conmina a que olvide la observación realizada en la cinta de vuelo de la nave «RR-Zeta-Dos». No hay vida humana en la Tierra.

Pedro abrió la boca de par en par. ¿Cómo era posible que…?

—Se le ordena guardar silencio absoluto acerca de lo que sabe —continuó inflexible el Primer Gran Consejero—. De otra manera, caso de quebrantar esta orden, incurriría en gravísimas penas, incluida una que no se ejecuta desde tiempo inmemorial: la pena de muerte.

Pedro se sentía anonadado. ¿Cómo era posible que el Consejo hubiese adoptado una decisión semejante?

Los habitantes de la Tierra eran seres humanos como ellos. Pedro opinaba que se debía socorrerlos, auxiliarlos, ayudarles a librarse de las tinieblas en que habían caído después de la catástrofe…

Y, en lugar de ello, se le ordenaba callar.

Era incomprensible.

El Primer Gran Consejero añadió:

—Pero también sabemos recompensar y hemos acordado

concederle tres ascensos de golpe, con las ventajas que ello le reportará. ¿Está contento, Pedro L-4011?

¿Qué podía contestar Pedro?

La autoridad del Consejo era indiscutible. Sus decisiones, inapelables.

—Me siento muy agradecido, señor —respondió.

—Eso es todo, Pedro. Mañana tomará estado oficial su nuevo grado. Puede retirarse.

Pedro se puso en pie y realizó una profunda inclinación.

—Mil gracias, señor —dijo.

* * *

El Primer Gran Consejero, Kirtos F-2007, estaba en su residencia, contemplando las imágenes de veintitrés pantallas de televisión. A su vez, veintitrés objetivos captaban su imagen y la enviaban a sendas pantallas. Cada consejero tenía una instalación similar, de modo que las reuniones se celebraban sin necesidad de que los miembros del gobierno abandonasen sus domicilios.

Las instalaciones estaban cuidadosamente aisladas, de tal modo, que las interferencias o el espionaje estaban tan descartados, como si la reunión se celebrase en un desierto.

—Creo que la solución adoptada es la mejor —dijo Kirtos, después que Pedro hubo desaparecido de la imagen.

Hubo un asentimiento general de los restantes consejeros.

—Es una noticia que no debe ser divulgada en absoluto —convino otro miembro del gobierno.

—Bien, pero ahora tenemos que discutir qué es lo que se va a hacer con los humanos que, contra nuestra creencia, siguen viviendo en la Tierra —dijo otro consejero.

—He pensado una solución —contestó Kirtos—. La pondré a votación y, si es adoptada, se ejecutará de inmediato.

—¿Cuál es esa solución? —preguntaron varios a la vez.

Kirtos expuso su idea.

Algunos dudaron, pero Kirtos supo convencerles pronto con argumentos persuasivos que, según él, eran irrefutables.

—Está bien —dijo al terminar—, pasemos a la votación.

—Secreta —solicitó uno de los consejeros.

Kirtos alzó las cejas.

—Creía que todos estábamos de acuerdo, Ramdor —dijo.

—Por supuesto, pero si nosotros, que hacemos la ley, no la respetamos, ¿qué dirá el pueblo a quien regimos?

—No hay necesidad de que se enteren…

—Están nuestras conciencias —replicó Ramdor con severidad.

Kirtos se resignó.

Cada consejero tenía frente a sí una especie de pupitre de control del sistema de televisión. Debajo del pupitre había dos botones, que resultaban invisibles para los demás.

Una pantalla se encendió en la sala donde había estado Pedro. El primer Sí apareció a los pocos segundos, seguido de la cifra 1.

Al terminar, el resultado era el siguiente: SI, 23, NO, 1.

—Bien —dijo Kirtos satisfecho—, el resultado de la votación no deja lugar a dudas. La decisión se adopta por unanimidad.

—¿Cuándo piensas iniciar la operación? —preguntó Ramdor.

—Hoy mismo —contestó Kirtos—. Daré una orden redactada en estos o parecidos términos: «Al Comandante en Jefe de la Flota de Protección. Se servirá usted alistar las astronaves necesarias, trasladándose con ellas al planeta Tierra, de cuya superficie eliminará usted todo signo de vida humana, por convenir así a los altos intereses de la nación planetaria marciana. El acuerdo ha sido tomado por el Gran Consejo…», etcétera, etcétera. ¿Vale, queridos colegas?

Kirtos sonrió.

Todos dijeron que sí. Incluso el que había votado negativamente. No sabía cuál era, pero se lo figuraba.

* * *

Las brasas yacían convertidas en cenizas. Kerec se hallaba estupefacto.

—No lo entiendo —dijo.

—El Inmortal ha desaparecido —habló Julia.

—¿Habrá muerto?

—Si ha muerto, el calificativo de Inmortal es superfluo.

Yo no sé quién se lo dio. Siempre lo conocí tal como era. Vivía ya antes de que nacieran mis padres y, según creo, su apariencia

física no había variado en absoluto.

—Como sea, hemos de resignarnos a su ausencia —dijo la muchacha—, Kerec, ¿qué haremos ahora?

El sol había iniciado ya el descenso. Kerec lanzó un suspiro:

—Estamos cansados —respondió—. Acamparemos aquí esta noche.

—¿Y después?

Kerec miró largamente a la joven.

—A ti te han desterrado de tu mundo. Por tanto, tienes que vivir en la Tierra durante el resto de tus días.

—Tras lo que he visto, ya no me importa en absoluto, Kerec —sonrió Julia.

—A mí me han hecho huir del lugar donde nací y viví hasta ahora. Dentro de la misma Tierra, yo también soy un fugitivo. Si te parece, viajaremos juntos hasta encontrar un lugar tranquilo, donde podamos establecernos definitivamente.

—Es una idea estupenda —aprobó ella de inmediato.

—Sobra tierra en el planeta. Buscaremos un valle fértil, construiré herramientas, domesticaré animales, levantaré una casa… Será una vida primitiva, pero sana y segura, Julia.

—Te ayudaré en todo lo que sepa, Kerec —prometió ella, con ojos brillantes de entusiasmo.

—Bien —dijo él—, en ese caso, preocupémonos ahora de un futuro mucho más inmediato. Vamos a ver si reunimos leña para encender una buena hoguera. Las noches son frías en estas alturas.

Kerec merodeó por las inmediaciones, usando su cuchillo más de una vez. En varios viajes, formó un buen montón de leña, y antes de que se hiciera de noche, había encendido una gran hoguera.

Antes de dormir, charlaron durante largo rato. Kerec escuchó ávidamente todas las maravillosas cosas que Julia tenía que contar de su planeta.

—Me gustaría conocerlo —dijo una vez.

—No te acomodarías a la vida y costumbres marcianas —objetó la muchacha.

—¿Quién ha dicho que yo desee una cosa semejante? —sonrió Kerec—. Pero no estaría de más que pudiese conocer cómo se vive y se trabaja en un mundo distinto al mío.

Julia movió la cabeza.

—Temo que eso no llegues a conseguirlo jamás —contestó.

Capítulo VII

Eran las siete y media de la mañana, hora oficial marciana.

Obediente a los reglamentos, Pedro L-4011 se sentó ante la pantalla del televisor. Había que enterarse de las noticias.

Su mente no estaba muy concentrada en lo que aparecía en la pantalla. Sentíase contento y satisfecho; había ascendido, de golpe, nada menos que tres grados.

Entre otras ventajas, su nuevo rango le permitiría elegir esposa, sin necesidad de recurrir a los «servicios» de una computadora. Y había una linda muchacha, que le miraba con no malos ojos, creía, la cual…

De repente, una noticia atravesó sus pensamientos y alcanzó su cerebro, obligándole a fijar la atención en la pantalla:

—Comunican de la Comandancia General de la Flota de Protección, que en virtud de la orden emitida por el Gran Consejo Rector, se está alistando una poderosa escuadra de astronaves, al objeto de extinguir toda vida humana existente sobre el planeta Tierra. Contra lo que se creía, hay seres humanos en el planeta mencionado, pero el Gran Consejo, por unanimidad, ha decidido…

Pedro se quedó helado de terror.

¡Van a matarlos a todos! —exclamó.

El noticiario terminó después de aquella declaración. Pedro, maquinalmente, se puso en pie.

Era hora de ir al trabajo. Sus reflejos, después de tantos años de hacer lo mismo, eran automáticos.

Una cinta deslizante le trasladó hasta el lugar donde trabajaba, como todos los días. La gente charlaba a su alrededor, pero él no hacía caso de los comentarios.

Sus compañeros le felicitaron por el ascenso.

Te lo tienes merecido —dijo uno de ellos—. Has sido el único que supo darse cuenta de la existencia de vida humana en la Tierra.

Pedro le miró con furia.

—¡Ojalá me hubiese callado! —exclamó—. Si no hubiese dicho nada, esos seres humanos tendrían posibilidades de seguir viviendo, pero, después de mi informe, serán exterminados como insectos.

—Bueno, tú no debes reprocharte nada, Pedro —le dijo el otro

—. Cumpliste con tu deber y el Gran Consejo ha tomado la decisión que sus miembros creyeron más acertada.

El interlocutor de Pedro, Hïllias Y-5291, era un buen amigo suyo. Se conocían desde hacía bastantes años y trabajaban juntos.

—Hïllias —dijo Pedro—, contigo tengo bastante confianza. Dime, ¿crees acertada la decisión del Gran Consejo?

—Ellos son muy sabios —contestó Hïllias.

—Sí, pero medita sobre una cosa. Siempre están hablando del respeto a la vida humana. La vida de un hombre es sagrada, lo dicen día y noche, a todas horas. Hace muchísimos años que en Marte no se ha cometido un homicidio.

—Eso es verdad, Pedro.

—Entonces, ¿por qué diablos hablan tanto de respetar la vida humana y han dado orden de exterminar a todos los habitantes de la Tierra? ¿Dónde está la benignidad de los consejeros?

Hïllias se sintió desconcertado un momento. Después, el desconcierto dejó paso al terror:

—Pedro, no comentes eso —dijo—. Recuerda lo que le pasó a aquella muchacha, Julia. La enviaron desterrada a la Tierra… ¡y ahora morirá con los demás terrestres!

* * *

Habían descansado durante la noche y, después de amanecer, emprendieron el descenso hacia los valles.

—Tal vez viajaremos durante días —dijo Kerec.

—Eso no me importa —sonrió la muchacha—. Ya empiezo a fortalecer mis músculos. Además, viajando tendré ocasión de ver paisajes.

—Buscaremos un lugar bonito y sano. Hubo un tiempo en que los terrestres vivíamos ya casi como sardinas en lata. Ahora, después del Gran Conflicto, lo que sobran son tierras por todas partes.

Caminaron durante largas horas. A mediodía, hicieron un alto para descansar y tomar un bocado. Luego reanudaron la marcha.

A media tarde, oyeron a lo lejos un confuso griterío.

—¿Qué es eso? —preguntó Julia, vagamente alarmada.

Kerec frunció el ceño.

—Son ellos —dijo sombríamente—. Continúan buscándome. Si vienen por aquí, es porque habrán sospechado que vine a entrevistarme con el Inmortal.

—Su número es mayor que el nuestro —declaró Julia—. Yo poseo un arma terrible, pero preferiría no usarla, salvo que se tratase de un caso de extremada urgencia.

—Muy bien, entonces, vamos a ver si nos escondemos…

Kerec paseó la mirada por los alrededores. Las voces sonaban cada vez más cercanas.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—¡Aquí, Julia! —exclamó, a la vez que le señalaba el grueso tronco de un árbol de gran altura.

La muchacha no se hizo rogar. Ayudada por Kerec, trepó a las ramas más bajas. Kerec la siguió en el acto, pero subieron un poco más, a fin de ocultarse por completo en el follaje.

Casi de repente, un enorme grupo de gente surgió en el claro que había al pie del árbol.

—Son ellos, ya no cabe duda —musitó Kerec.

Eran cincuenta o sesenta, algunos armados con escopetas, pero la mayoría con armas de fabricación casera. Hicieron alto y vociferaron y discutieron coléricamente durante unos minutos.

—Estará con él —dijo uno—. Kerec quiere convertirse en otro Inmortal.

—Ojalá pudiera —murmuró el aludido con una sonrisa.

Pasaron algunos minutos. De pronto, cuando los componentes del grupo se disponían a emprender la marcha, se oyó un tenue zumbido que iba aumentando de volumen en rápida progresión.

Julia abrió los ojos desmesuradamente.

—Parece increíble —murmuró—. Es…

Los perseguidores de Kerec elevaren los ojos a lo alto. Un objeto brillante, de forma cilíndrica, con numerosas ventanas en los flancos, acababa de hacerse visible a sólo unos metros del suelo.

—¿Una nave marciana? —sugirió Kerec.

—Sí, como la que me trajo a mí —confirmó Julia.

Los perseguidores estaban paralizados por el asombro. Kerec vio que el cilindro se detenía en el borde de una barrancada, en el otro extremo del claro, sostenido por dos pares de patas cortas de metal.

Una puerta se abrió en el costado y media docena de hombres

salieron de la nave. Todos vestían de una forma parecida a como lo hacía Julia.

Pero iban armados con unos extraños fusiles, de cuyas bocas empezaron a salir chasqueantes relámpagos que cruzaban el espacio fulgurantemente, para alcanzar al grupo de perseguidores.

Se oyeron alaridos de terror. Cada relámpago producía otro a su vez: el de la persona a la que alcanzaba la descarga, que se convertía en fuego instantáneamente, deshaciéndose en cenizas unos segundos más tarde.

Medio minuto después, no quedaba un solo ser vivo en el claro.

Salvo Kerec y Julia.

Los marcianos volvieron a su nave y el aparato se remontó.

Kerec miró hacia el suelo.

Estaba cubierto de cenizas. Vino un soplo de viento y las dispersó.

* * *

Julia tenía la cara invadida por una palidez mortal.

—Es… algo horrible —dijo—. No encuentro palabras para describirlo…

Kerec asintió ceñudamente.

—Eran mis enemigos, pero más por ignorancia que por maldad en sí —contestó—. Y los han asesinado como a fieras salvajes…

—No lo comprendo —dijo Julia—. Uno de los fundamentos de nuestra civilización es el respeto total a la vida humana.

Kerec emitió una amarga carcajada.

—Eso debe referirse a la vida de las personas marcianas, pero no a las terrestres. Por lo que hemos visto, tus paisanos nos consideran como alimañas que no merecen otra cosa que el exterminio total.

—Me siento abrumada —confesó ella—. Después le haber hecho tantos elogios de nuestro mundo…

Kerec le dio un par de palmadas en los hombros.

—Tú no tienes la culpa —dijo—. Son otros los autores de esa orden inicua. Pero aquí no podemos continuar; hemos de seguir adelante.

Julia asintió en silencio. Kerec inició el descenso y, momentos después, estaban en el suelo.

A partir de aquel momento, caminaron con grandísimas precauciones, buscando los lugares más ocultos. Kerec tenía la escopeta siempre a punto, aunque harto se daba cuenta de que no era arma que pudiera competir con las marcianas.

—Son fusiles solares —le explicó Julia, al preguntárselo—. Lo mismo que la pistola que usé contra Dalfor.

—¿Cuál es el secreto de su funcionamiento?

—Acumulación de energía solar, que es liberada instantáneamente en el momento requerido. Pero la Tierra está mucho más cerca del Sol que Marte; por eso, aquí las descargas resultan de una potencia muy superior.

Aquella noche, Kerec veló durante largas horas, sin que, por fortuna, se produjese ningún incidente. Poco después de amanecer, reanudaron la marcha.

Habían caminado durante un par de horas cuando, de pronto, oyeron un agudo grito de mujer.

Delante de ellos se encendió de súbito un relámpago dorado.

—¡Los marcianos! —exclamó Kerec, alarmado.

El grito de la mujer se repitió. Impulsivamente, sin pensar en los peligros que podía correr, Kerec se lanzó a la carrera hacia delante.

Julia, sin vacilar, le siguió en el acto.

* * *

En cuatro zancadas, Kerec alcanzó el borde de una gran roca que se erguía a tres o cuatro metros sobre una explanada limpia de vegetación. Desde allí divisó una nave marciana detenida junto a una pequeña hondonada.

Había varios marcianos en el suelo, riendo desaforadamente. Uno de ellos sujetaba por las manos a una mujer de unos veinte años.

—¿La conoces? —susurró Julia.

—No, nunca la he visto.

El marciano atrajo a la muchacha hacia sí. Ella se resistía desesperadamente.

—Después de asesinos, violadores —masculló Kerec.

De repente, la muchacha se desasió de su captor y corrió en busca de la salvación. Los marcianos rieron, mientras su compañero

corría en pos de la fugitiva.

La joven, fuerte y ágil, trepó a las rocas. Sus ojos se dilataron por el asombro al verse ante la pareja.

Kerec le hizo un gesto con el dedo, recomendándole silencio. Julia tiró de ella y la situó a un lado.

La cara del marciano apareció en el borde. Trepaba con dificultad.

—Se ve que no estás acostumbrado —gritó uno de sus compañeros.

Los otros reían, viendo los esfuerzos que hacía para alcanzar la cúspide del roquedal. De repente, vieron aparecer un pie.

El pie golpeó la cara del marciano con tremendo ímpetu, lanzándolo de espaldas al suelo. Se oyó un agudo chillido y luego el golpe de un cuerpo humano al estrellarse contra la tierra.

Los marcianos se alarmaron. Kerec apareció de pronto ante ellos, apuntándoles con el arma.

—¡Arriba las manos! —gritó.

Uno de los marcianos intentó echar mano a su fusil solar. Kerec hizo fuego sin vacilar.

El trueno de la escopeta sacudió la atmósfera con gran fragor. Se oyó un agudo chillido y el marciano cayó al suelo con la cara destrozada.

Sus compañeros se quedaron estupefactos. Julia corrió hacia la muchacha y la atrajo a su lado.

—No te preocupes —dijo—. Ahora estás a salvo.

—Será mejor que depongan las armas —ordenó Kerec—. Todavía me quedan más proyectiles y los usaré sin piedad si desobedecen mi orden.

Los marcianos aparecían consternados. Kerec especulaba con su desconocimiento de las antiguas armas de fuego terrestres.

En total, eran seis. Kerec ignoraba si había más en el interior de la nave.

—Fusiles al suelo —dijo.

Seis fusiles solares cayeron sobre la hierba. El joven hizo un gesto con la mano.

— Julia.

—Di, Kerec.

—¿Crees que habrá más gente en la astronave? —preguntó.

—No, pero podemos averiguarlo en seguida —respondió ella—. Quédate aquí con esta chica, mientras yo investigo.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

Julia echó a correr para dar un pequeño rodeo, que le permitiera llegar al claro sin dificultades. Mientras lo hacía, Kerec, por encima del hombro, se dirigió a la otra mujer.

—Tu nombre, por favor.

—Luana —contestó ella.

—Yo soy Kerec. Esa joven se llama Julia.

—Os doy las gracias por haberme salvado —manifestó Luana—. Ya pensaba que…

—¡Bah, no hables ahora! —sonrió Kerec—. Tiempo tendremos de hacerlo más adelante.

Los marcianos continuaban inmóviles, llenos de frustración y resentimiento. Uno de ellos empezó a maniobrar subrepticiamente para recobrar su fusil, pero Kerec le lanzó una enérgica advertencia y el individuo se quedó quieto en el acto.

Julia alcanzó por fin el claro y corrió hacia la nave, con su pistola solar en la mano. Entró en el aparato y salió un minuto después, agitando la mano de una forma inconfundible.

—¡No hay nadie! —anunció.

Kerec emitió una sonrisa.

—Estupendo. Vigílalos mientras bajamos —pidió. Luego se volvió hacia la otra muchacha.

—Vamos, Luana.

—Sí, Kerec —contestó la chica.

Capítulo VIII

Las armas solares fueron apiladas a un lado. Kerec se encaró con sus prisioneros:

—¿Quién es el jefe? —preguntó.

Uno de los marcianos adelantó un paso.

—Yo —contestó muy orgulloso—. Mi nombre es Traul E-5005 y te anuncio que si no nos dejas en libertad inmediatamente, tendrás que lamentarlo.

Kerec le miró fijamente un segundo. Decidió que a aquel orgulloso marciano le convenía una buena lección.

Era conveniente que supiera desde el primer momento dónde estaba y con quién se enfrentaba. Largos años de duro trabajo físico le habían proporcionado una musculatura poderosa.

El golpe que asestó le hizo dar dos vueltas completas antes de caer a tierra, arrojando sangre por boca y narices.

—Otra falta de respeto semejante y te haré seguir el mismo camino que tu compañero —dijo en tono enérgico—. Vamos, ponte en pie en el acto.

Traul se incorporó, aturdido y amedrentado. Sacó un pañuelo y se lo puso en la cara. Ahora, sus ojos, en lugar de fiereza, expresaban temor, lo mismo que los de sus compañeros.

—Habéis matado a un terrestre —siguió Kerec—. ¿Os hizo algún daño?

—Ninguno —protestó Luana—. Ellos nos sorprendieron y dispararon contra aquel pobre anciano sin previo aviso. Luego me capturaron a mí…

—Es extraño —intervino Julia—. ¿Por qué se comportan de semejante forma?

—Pregúntaselo a ellos, ¿quieres? —indicó Kerec.

—Vamos, Traul, contesta —pidió Julia.

El marciano emitió un gruñido.

—Tenemos órdenes —contestó.

—¿Qué clase de órdenes? —inquirió Kerec.

—Exterminar toda vida humana en la Tierra.

Julia se quedó helada de horror. Kerec se estremeció.

—Ya lo has oído —contestó Traul en tono malhumorado—. Esas

son las órdenes que hemos recibido todos los comandantes de astronave.

—Pero ¿por qué? ¿Quién ha dado una orden tan inicua? —exclamó Julia con gran vehemencia.

—Traul se encogió de hombros.

—¿Quién puede darlas, sino el Gran Consejo Rector? —contestó.

—Me siento espantada —murmuró la muchacha—. No logro concebir los motivos de una orden tan salvaje.

—Alguno habrá —dijo Kerec filosóficamente—.

—Por supuesto, los miembros de ese Gran Consejo no tienen nada de humanitarios.

Julia volvió los ojos hacia Kerec.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —consultó desanimadamente.

Kerec contempló durante unos instantes la brillante estructura de la nave marciana. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Julia, ¿tú sabes pilotar una astronave? —preguntó.

—Sí, claro —contestó ella, vivamente sorprendida—. ¿Qué es lo que pretendes, Kerec?

—Dos cosas… pero ya te lo diré luego, cuando estemos a bordo. Anda, vamos cuanto antes.

Julia asintió. Kerec empujó suavemente a Luana.

—Ven con nosotros —rogó.

Luana accedió sin vacilar. Traul protestó:

—¡Eh! ¿Qué va a ser de nosotros? No podéis abandonarnos aquí…

Kerec le dirigió una mirada de desprecio.

—¿Hay más naves vuestras en la Tierra?

—Sí, una veintena, aproximadamente.

—Bueno, ya os recogerán… o quizá piensen que sois terrestres a los que es preciso exterminar. Si conseguís sobrevivir, en la Tierra hay comida y agua abundantes.

—Pero…

—¡Adiós, amigo! —Kerec se despidió con burla, ya en la escotilla de acceso a la nave.

Julia había tomado la precaución de retirar los fusiles solares. Instantes más tarde, cerraba la escotilla.

Luego corrió hacia el puesto de mando.

* * *

Julia demostró efectivamente que sabía pilotar la astronave. Minutos más tarde, se hallaban a unos miles de metros de altura.

Mientras Julia se hallaba dedicada al gobierno de la astronave, Kerec sostuvo una interesante conversación con Luana.

Era una muchacha alta, robusta, de pelo oscuro y semblante agraciado.

—En mi tribu decidieron que yo tenía que casarme con el hijo de uno de los jefes —explicó—. Es la costumbre, pero yo no quise someterme a ella y escapé. Luego me encontré con Jinmore…

—¿Quién es Jinmore?

—El hombre a quien asesinaron los marcianos. Era un anciano muy bueno y que poseía una gran sabiduría. Me enseñó muchas cosas en los pocos días que estuvimos juntos. Luego, de repente, bajó del cielo aquel enorme artefacto…

—Éste —replicó Kerec.

Sí. Los marcianos salieron de su interior y mataron a Jinmore sin más. Luego se apoderaron de mí. Dijeron que yo… bueno, eran unas cosas horribles…

—Me lo figuro —atajó el joven—. Pero ahora ya estás a salvo y no debes temer nada.

Luana se asomó a una de las lucernas de la nave y contempló estremecida el espectáculo de la Tierra vista desde varios miles de metros de altura.

—Es maravilloso —dijo—. Jamás había visto nada semejante.

Kerec sonrió.

—Todavía has de ver cosas aún más maravillosas —contestó.

—Julia —llamó.

—Dime, Kerec.

—¿Puedo hablar contigo?

La joven efectuó algunas manipulaciones en el tablero de instrumentos y el aparato quedó inmóvil, suspendido en el espacio. Luego se volvió hacia Kerec.

—Empieza — invitó.

—La primera pregunta es: ¿Tiene esta nave armas capaces de destruir a otra nave similar?

—Sí, desde luego. ¿Qué te propones hacer, Kerec?

—¿Es que no te lo imaginas, Julia?

* * *

Una larga pausa de silencio se produjo a renglón seguido de las últimas palabras de Kerec.

Julia miraba al joven con fijeza.

—Me lo imagino —rompió al fin el silencio—. Pero no comprendo tus razones.

—No son difíciles de entender —respondió él—. Yo he tenido diferencias con los miembros de mi comunidad, y a Luana le ha pasado algo similar. Me he visto obligado a matar terrestres en defensa propia y si bien lo lamento, no siento remordimiento porque, a fin de cuentas, se trataba de mi propia vida. Pero no todos los terrestres son como Forlos o Dalfor. Hay muchos, la mayoría, que son buena gente y sólo quieren vivir en paz. Tus compatriotas quieren exterminarlos. Yo trato de evitar ese exterminio. Éstos son los motivos de mi respuesta —concluyó.

Julia asintió.

—Sí, ahora lo comprendo —dijo.

—Puedes negarte a ayudarme, pero entonces contribuirás a la muerte de millares de personas inocentes, una muerte dictada por alguien carente de sentimientos y por razones ocultas que no somos capaces de entender por ahora. Lo único que deseo es que medites y que tomes una decisión por ti misma, libremente, sin influencias externas.

—No tienes que decirme nada más, Kerec —respondió Julia—. Mi decisión está tomada ya: Te ayudaré.

—Gracias —replicó él—. Puede que te resulte doloroso… pero piensa en los miles de seres inocentes que vivirán gracias a ti.

—Por eso lo hago, Kerec. Pero creo que aún tienes que decirme más cosas.

—Sí. Lo mencioné antes y es hora de que lo sepas. Quiero que nos lleves a Marte.

Julia se sorprendió vivamente.

—¿Para qué? —exclamó.

—La respuesta es muy sencilla: quiero conocer los motivos por los cuales el Gran Consejo dio la orden de exterminio total de los

terrestres.

Ella se estremeció.

—Será muy arriesgado —objetó.

—Pero no podemos permanecer aguardando eternamente a que vengan vuestras naves a barremos de la superficie. Somos terrestres y el mínimo derecho que tenemos es que nos dejen en paz. ¿Qué mal les hemos hecho para que deseen nuestro exterminio total?

—¿Crees que te darán una respuesta?

Se la exigiré.

—¿Y si no acceden?

El semblante de Kerec se oscureció.

—Entonces sabrán cómo lucha un terrestre cuando trata de defender lo que estima es justo —contestó en tono decidido.

Julia calló un instante. Luego, persuadida por los argumentos del joven, dijo:

—Te ayudaré, Kerec. Creo que la razón está de tu parte y que tienes pleno derecho a obrar como pretendes.

Kerec sonrió.

—Sabía que acabarías haciéndolo, porque tú misma reconocerías la injusticia y la barbarie de la orden de exterminio dictada por vuestro gobierno. Y ahora, para ejecutar la primera parte de nuestro plan, dime, ¿hay algún modo de localizar las restantes astronaves?

—Por supuesto —contestó Julia.

—Entonces, manos a la obra y no perdamos un minuto más.

* * *

Con melancólica expresión, Kerec contempló aquella pastilla de forma oblonga, color amarillento y consistencia casi gomosa, cuyo olor no era demasiado apetitoso.

—¿Esto es una ración de comida marciana? —masculló.

Julia no contestó, atenta a los mandos de la nave, En vista de su silencio, Kerec hincó el diente a la pastilla, encontrando que, pese a todo, el sabor era más agradable de lo que había esperado.

Luana comía también. Kerec lanzó un bufido:

—Donde está una buena pierna de cordero asada…

De pronto, Julia lanzó una exclamación:

—¡Tengo una nave en pantalla!

Kerec olvidó sus frustraciones gastronómicas y corrió hacia el puesto de pilotaje. Julia le señaló un punto luminoso en la pantalla.

—Ahí está —dijo.

—Yo no veo más que un punto luminoso —alegó Kerec.

—El detector señala la presencia de la nave —explicó Julia—. Ahora vamos a localizarla visualmente.

Otra pantalla se encendió. Segundos más tarde, pudieron ver la imagen de una nave sobrevolando despacio un frondoso bosque.

—Baja —ordenó Kerec—. Pierde altura con toda la rapidez que puedas.

Julia obedeció. La nave se lanzó hacia abajo a toda velocidad.

De repente. Luana exhaló un grito:

—¡Mi tribu!

Kerec estiró el cuello para ver directamente a través de las lucernas del aparato. A unos dos mil metros de distancia, divisó un gran claro en el bosque, en el que había numerosas cabañas.

Un río cruzaba cerca del claro. Resultaba fácil ver a las personas que corrían alocadas para huir de aquellos extraños artefactos que descendían raudamente de las alturas.

—Esa nave va a atacar —dijo Kerec—. Anticípate, Julia. Piensa en las vidas inocentes que puedes salvar.

Julia hizo un signo de asentimiento. Su índice se posó sobre un botón, que presionó a fondo.

Una bola de fuego partió en el acto del vientre del aparto y se dirigió con fulgurante velocidad hacia la otra nave. Kerec contempló la escena lleno de ansiedad.

El proyectil solar alcanzó de lleno a la nave marciana. En el momento del impacto se produjo un vivísimo fogonazo y el aparato estalló en mil fragmentos.

Algunos de sus ocupantes salieron disparados. Aunque hubieran sobrevivido a la explosión, morirían al chocar contra el suelo, pensó Kerec.

Julia inspiró con fuerza. Kerec puso una mano sobre su hombro.

—Sigue —dijo.

Ella asintió en silencio. La nave se remontó en busca de nuevas presas.

Capítulo IX

Una lámpara centelleó en el cuadro de mandos.

—Nos están llamando, Kerec —exclamó Julia.

—¿Quién? —preguntó él.

—Una nave… Ignoro de quién se trata…

—Responde sin temor. En todo caso, yo te diré lo que debes decir.

—De acuerdo.

Julia pulsó el conmutador de la radio. Una voz autoritaria se escuchó de inmediato en la cabina.

—Habla Dammy T-4471, comandante de la Novena Flota. ¿Es usted Traul, capitán de la Astronave número «LN-Ka-Tres»?

Julia miró a Kerec. El joven le hizo una seña.

—Le oigo, comandante —dijo—. ¿Qué sucede?

—Están ocurriendo cosas raras. Varias de nuestras naves han estallado de manera inexplicable. No sé qué puede pasar… ¿Todos bien a bordo, Traul?

Kerec acercó los labios al oído de Julia.

—¿Está muy lejos? —consultó.

—Treinta mil metros —susurró ella.

—Acércate todo lo que puedas.

Julia hizo un signo de aquiescencia.

—Comandante —dijo Kerec.

—¿Sí, Traul?

—Vamos a acercarnos a su nave. Hablaremos mejor personalmente.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Traul, ¿le sucede algo en la voz? —preguntó al fin Damny.

Kerec se puso rígido. Luego con gesto natural, contestó:

—Estoy algo afónico, comandante.

—¡Ah! ¿Cómo va su labor de exterminio, Traul?

—Bien, señor. ¿Han conseguido ustedes algo?

—Encontramos una aldea. Creo que serían unos seiscientos. Los borramos de la superficie del planeta.

—Kerec contuvo la ira que sentía. Julia bajó la cabeza.

—Me siento avergonzada —murmuró.

—Pero ¿puede existir gente capaz de obrar de forma tan inhumana? —exclamó Luana.

—Capitán Traul —llamó Damny.

—Dígame, comandante.

—¿Qué es lo que ha hecho usted?

—Bueno, sorprendí un grupo de terrestres y los eliminé con unas cuantas descargas…

Julia le tocó de pronto en el brazo y señaló un punto que brillaba delante de la astronave. Kerec hizo un gesto de asentimiento.

Bajó el pulgar. Julia comprendió y pulsó el botón de disparo.

—Comandante Damny —dijo Kerec.

—Hable, Traul.

—No soy Traul —declaró el joven—. Escuche, mire lo que se le viene encima.

A través del altoparlante se oyeron unos chillidos de terror.

—¿Quién diablos son ustedes…?

La explosión cortó en seco la voz de Damny. Delante de la nave se encendió un sol en miniatura.

—Seiscientos terrestres han sido vengados —dijo Luana.

Kerec movió la cabeza.

—Preferiría que siguieran con vida —contestó en tono pesaroso —. Esto no resuelve apenas nada. Resulta deprimente tener que matar para que otros puedan vivir.

—No somos nosotros quienes hemos iniciado el ataque de exterminio, Kerec.

—Sí —admitió el joven—. Pero me hubiese gustado poder solucionarlo de otra manera.

—Imposible —declaró Julia—. Damny había recibido unas órdenes y las habría ejecutado por encima de cualquier consideración.

* * *

La astronave aterrizó casi con violencia y sus tripulantes saltaron al suelo inmediatamente. El jefe del astropuerto se dijo que era preciso echar una buena reprimenda a un capitán tan descuidado.

—Que lo traigan a mi presencia en el acto —ordenó.

Jray V-9327, capitán de la nave recién llegada, envió al diablo al mensajero del jefe del astropuerto. Montó en un monorrueda y partió a escape hacia el Cuartel General de la Flota del Espacio.

Lo primero que hizo al llegar al Cuartel General fue solicitar una entrevista con el Gran Consejero de Astronáutica, Ferker S-2217. Apenas hubo terminado la entrevista, Ferker salió a escape en busca del Gran Primer Consejero.

Las noticias recibidas eran muy graves. Ferker estimaba que Kirtos debía conocerlas en el acto.

Ferker había encomendado absoluto secreto al capitán Jray. Pero los tripulantes de la nave empezaron a hablar de lo que les había sucedido en su viaje a la Tierra.

La noticia se expandió con gran rapidez.

—¿Has oído, Pedro? —preguntó Hïllias, cuando aquella misma tarde se encontró con su amigo.

—¿Qué sucede?

—Ha regresado una astronave de la Tierra. Sus tripulantes fueron enviados allí a exterminar a los terrestres vivos.

—Y habrán asesinado a unos millares de víctimas inocentes que…

—Eso es lo de menos ahora, Pedro —dijo Hïllias—. Los astronautas dicen que alguien les ha atacado y dieciocho naves de las veinte que fueron enviadas han sido destruidas, con sus tripulantes.

Pedro abrió la boca, lleno de asombro.

—¿Es cierto lo que dices, Hïllias?

—El segundo piloto es muy amigo mío y no me habría mentido, Pedro —aseguró Hïllias—. No se explican lo que ha podido suceder, pero es así, tal como te lo he contado.

—No es mala noticia —sonrió Pedro—. A fin de cuentas, ¿no tienen los terrestres tanto derecho a la vida como nosotros?

* * *

Kirtos se paseaba nerviosamente por la sala de su residencia privada. Las noticias que Ferker acababa de darle le habían excitado en sumo grado.

—De modo que dieciocho naves…

—Destruidas por completo, con sus tripulantes —confirmó Ferker.

—¿Consiguieron algún resultado positivo?

—En comparación con las pérdidas, los resultados no son precisamente alentadores.

—Es preciso realizar una investigación a fondo, consejero. Dieciocho astronaves, máquinas perfectísimas, con hombres bien instruidos a bordo, no se pierden por mera casualidad.

—Nadie ha dicho que se trate de una casualidad. Alguien las atacó, eso es todo.

Kirtos soltó un bufido.

—Nada de «eso es todo», Ferker. Dieciocho naves han sido destruidas, una ha vuelto… ¿dónde está la número veinte? ¿Se ha formulado esa pregunta?

—Sí, pero no puedo ofrecer ninguna explicación —respondió Ferker.

—Me lo imagino —dijo Kirtos en tono seco—. Bien, usted se encargará de la investigación. Mientras tanto, ordene al capitán Jray y a sus tripulantes que guarden total secreto sobre el resultado de la expedición.

—Ya se lo he dicho, señor. Por ese lado, pues, no hay cuidado…

Una campanita empezó a tañer en aquel instante. Kirtos se acercó al fonovisor y pulsó el contacto.

—Habla Kirtos —dijo.

—Le saludo, Primer Gran Consejero —sonó la voz de Ramdor—. Quiero hablar con usted de algo muy urgente.

—¿Qué es lo que sucede, Ramdor?

—Han llegado a mis oídos noticias muy graves, sobre la operación de exterminio de la población humana terrestre. Se han perdido casi todas las naves enviadas, creo.

Kirtos masculló un taco entre dientes.

—No es seguro —eludió una respuesta concreta.

—La gente lo comenta por todas partes —insistió Ramdor—. Dada la gravedad de la noticia, considero urgente una convocatoria del Gran Consejo.

—El procedimiento no es legal…

—Dejémonos ahora de legalismos —le interrumpió Ramdor casi con furia—. Es preciso atender a lo urgente, porque se sale de las

normas, y nosotros debemos obrar igualmente si queremos resolver esta situación. Repito que considero necesaria una convocatoria del Gran Consejo. Si es necesario, solicitaré la colaboración de los demás Grandes Consejeros. Basta que lo pidan cinco, como mínimo, para que se notifique a los demás la convocatoria.

—Está bien —refunfuñó Kirtos—. ¿Para cuándo la convocatoria, Ramdor?

—Lo antes posible —contestó el aludido con sequedad en su voz.

* * *

A bordo de la nave capturada tenía lugar un pequeño consejo de guerra.

—Lo que pretendes me parece un sueño imposible —objetó Julia, cuando conoció las intenciones de Kerec.

—Estoy acostumbrado a obrar sobre la base de realidades —contestó el joven—. Los sueños no sirven para nada cuando uno se enfrenta con hechos tangibles.

—Pero ¿qué crees que podremos conseguir?

—En primer lugar, respeto para la Tierra. No olvidemos que, a fin de cuentas, vuestros antepasados nacieron aquí.

—La nacionalidad marciana es muy fuerte, Kerec.

—Sí, me lo imagino. Ese sentimiento se ha ido conformando en vosotros con el paso del tiempo. Los hijos de los emigrantes son siempre del país en que nacen, pero no suelen atacar al de sus padres si no es en defensa propia. Y ¿qué daño os hemos hecho nosotros?

Julia asintió.

—Tus razones están muy claras —admitió—. No obstante, yo quisiera hacerte presentes las desventajas y obstáculos que encontraremos en Marte.

—Julia, yo te diré una razón fundamental por la cual quiero viajar a tu planeta y solucionar este problema antes de que se agrave demasiado. Hemos tenido la fortuna de rechazar el primer ataque de vuestras naves, aunque nos hayan causado ya grandes pérdidas en vidas humanas. Una de esas naves ha conseguido escapar, tú misma lo dijiste.

—Sí, es cierto.

—Llegará allí y comunicará la noticia. Ahora, imagínate la reacción de vuestro Gran Consejo Rector.

—Enviará más naves para que concluyan la obra que las anteriores no pudieron realizar.

—Justamente —corroboró Kerec—. Y eso es lo que yo quiero evitar.

Julia se rindió al final.

—Iremos a Marte —accedió.

Kerec la miró sonriendo.

—No actúas contra los tuyos, sino en interés de la justicia —dijo —. Y para el beneficio futuro de la vida de dos planetas que no deben ser hostiles entre sí, sino amigos y colaboradores en la búsqueda de la felicidad.

—No hay quien resista a tus argumentos —sonrió Julia—. Pero te advertiré una cosa, Kerec.

—Dime, Julia.

—No será fácil llegar a Marte. Quizás estén aguardando ya nuestra llegada.

—Eso es algo con lo que ya contaba, pero también yo tengo que decirte una cosa, Julia.

—¿Sí, Kerec?

—Vosotros, según me has contado, estáis atados a una serie de leyes y reglamentos que regulan vuestros actos hasta el más mínimo detalle. Puede decirse que la más absoluta rutina preside vuestra existencia, ¿no es cierto?

—Así es —confirmó ella.

—Pero nosotros no vamos a actuar rutinariamente ni sujetándonos a ninguna norma de las que rigen vuestras existencias. Al contrario, todos nuestros sotos estarán realizados en contraposición con vuestros métodos habituales. Eso es lo que se llama entre nosotros el efecto de la sorpresa.

—Bien, ¿y qué esperas conseguir con todo ello? —preguntó Julia.

Kerec sonrió.

—Simplemente, un mejor modo de vivir para marcianos y terrestres —contestó.

Julia guardó silencio un momento.

—Haré lo que tú digas —repuso al cabo—. Pero ¿y Luana?

¿Tenemos derecho a llevarla a Marte y hacerle correr riesgos que puedan poner en peligro su vida?

Luana había escuchado en silencio hasta entonces. Al oír aquellas palabras, manifestó:

—No deseo ser un estorbo en vuestros planes, pero quiero que sepáis que podéis contar conmigo en cualquier momento. —Y tras una ligera sonrisa, añadió—: La verdad es que no me perdería este viaje por nada del mundo.

Capítulo X

—Lo único cierto es que este desdichado asunto ha sido conducido desde el primer momento con ninguna habilidad, con una falta de coordinación absoluta y, lo que resulta más penoso, con un desprecio total para las personas y su dignidad.

La violenta diatriba de Ramdor encrespó los ánimos de algunos de los consejeros. Lino de ellos protestó airadamente:

—Considero esas palabras como un insulto personal y exijo una satisfacción.

—Estoy dispuesto a darla si se me demuestra que estoy equivocado —dijo Ramdor sin inmutarse.

—La crítica al Gran Primer Consejero no sólo es patente, sino ofensiva —manifestó otro.

—Es una certera calificación de los hechos —replicó Ramdor.

—Sería conveniente que nos dijera por qué este asunto ha sido mal conducido desde el primer momento— pidió Kirtos con glacial acento.

—Lo diré con mucho gusto. Todo arranca ya de la conducta de Julia K-1230…

—Era una rebelde —gritó un consejero.

—¿Rebelde? ¿Por qué? ¿Porque quería conocer la razón y los motivos de las cosas? ¿Porque quería ser algo más que un simple número?

—Se sublevó contra los reglamentos.

—Dijo solamente que eran anticuados y que necesitaban profundas modificaciones, que la persona humana necesitaba más independencia y, por tanto, responsabilidad de sus propios actos.

—Se negó a acatar las indicaciones de las computadoras —acusó otro.

—Julia exigió únicamente su derecho a elegir pareja. No quería que una máquina pensara por ella, lo cual me parece muy natural.

—¿Y usted cree que todo este problema viene de la condena de esa rebelde? —dijo Kirtos.

—Es el origen, porque de este modo supimos que había vida humana en la Tierra y así se decretó su exterminio. Con mi voto en contra, naturalmente.

—Usted conoce ya los motivos de la decisión —gruñó Ferker.

—Los conozco muy bien y, por eso mismo, opino que son absurdos.

Ferker elevó sus manos al cielo.

—¡Motivos absurdos! —barbotó—. ¿A qué llamará usted motivos razonados?

—A todos los que den una explicación sensata y congruente de los actos que originan —contestó Ramdor sin pestañear.

—Estamos perdiendo el tiempo con inútiles disquisiciones —rezongó Kirtos—. Lo que hace falta es tomar una decisión.

—¡Enviar cien naves y arrasar la Tierra! —gritó uno.

Ramdor miró con desprecio al que acababa de hablar.

—Estamos defendiendo continuamente el más absoluto respeto, a la vida humana. Pero sólo a la vida humana marciana. Por lo visto, las vidas de los terrestres no cuentan. Algunos consideran que son solamente bestias salvajes.

—Después de lo que pasó, hace ochenta o noventa años, ¿no tenemos derecho a pensar así?

—Somos descendientes de ellos, mal que nos pese. Si nosotros hemos conseguido vivir en paz y sin guerras, ¿por qué ellos no han de poder lograrlo algún día?

—Ese argumento no es convincente en modo alguno. El terrestre es un ser beligerante por naturaleza. A nosotros no nos importaría que se enzarzasen en una nueva guerra entre sí; lo que nos preocupa es que algún día quieran guerrear contra nosotros.

—Sus aprensiones son absurdas e infundadas —calificó Ramdor—. Opino que debemos dejarles vivir; es más, incluso ayudarles a que se rehagan en todos los sentidos, cultural y científicamente hablando.

—La propuesta del consejero Ramdor será sometida a votación —dijo Kirtos.

Ramdor miró con sorpresa al Primer Gran Consejero.

—Creí que votaría a favor de mi propuesta —manifestó.

Kirtos mantuvo la faz impasible.

Me someteré a la decisión del Consejo —respondió.

Ramdor lanzó un suspiro.

Conocía de antemano el resultado de la votación.

Y así sucedió: con un solo voto en contra, la asamblea decretó el

envío de una flota de astronaves más numerosa para destruir definitiva y totalmente hasta el último signo de vida humana en el planeta Tierra.

Ramdor manifestó sin ambages su pesimismo al conocerse la decisión final.

—Estáis labrando vuestra propia ruina —profetizó—. Vuestros actos están en abierta contradicción con vuestras palabras de humanidad y amor al prójimo. Quiera Dios abriros los ojos a tiempo… porque si no es así, vosotros mismos seréis destruidos por la máquina de destrucción que acabáis de poner en marcha.

Kirtos lanzó una mirada malévola a Ramdor. Lenta y cautelosamente, cerró el conmutador de sonido. Así, entre dientes y sin temor a ser oído, pudo decir:

Este grano de arena puede parar el engranaje. Habrá que hacer una limpieza a fondo antes de que sea demasiado tarde.

* * *

A la hora marcada por los reglamentos, Pedro se sentó ante el televisor y oyó una noticia:

—Por acuerdo del Gran Consejo Rector y en vista de los contratiempos sufridos, se está alistando una poderosa flota con destino a la Tierra. Objetivo: destrucción absoluta de toda vida humana en aquel planeta.

Pedro se aterró e indignó a un tiempo.

—¡Criminales! —calificó.

* * *

Marte estaba a la vista.

Para Kerec y Luana, era una experiencia insólita el viajar por el espacio.

Ambos habían sido arrancados a una civilización muy atrasada con respecto a la marciana. Ahora se enfrentaban con unos métodos y una forma de existencia completamente distintos a los suyos.

En medio de su aparente tranquilidad, Kerec no dejaba de estar preocupado por una cosa.

—¿Habrá vigilancia en torno a Marte? —preguntó, cuando ya les faltaba menos de media jornada para el término de su veloz travesía.

—No —contestó Julia—. Nunca se nos ha ocurrido, porque, ¿quién nos iba a atacar viniendo del espacio?

—¿No habéis tenido nunca relaciones con seres de otro sistema solar?

—Jamás. Si existen, no los hemos visto hasta ahora.

Kerec reflexionó unos momentos.

—De todas formas, descenderemos de noche —decidió.

—Esa es una buena idea —aprobó la muchacha—. ¿Qué haremos después?

—¿Tienes algún conocido en el cual puedes confiar?

Sí. Se llama Hïllias y es una excelente persona, lo mismo que su esposa Albya. Son muy comprensivos y estaban de acuerdo con muchas de las ideas que yo sustentaba.

—De acuerdo. Entonces, apenas aterricemos, iremos a ver a Hïllias y a su esposa.

—¿Y después?

—Lo decidiremos sobre el terreno.

Julia refrenó la marcha de la nave. Era preciso esperar al período nocturno para posarse en el suelo de Marte sin peligro.

* * *

Eran las seis de la tarde, marciana.

Obedeciendo a las reglas, Pedro salió de su casa dispuesto a tomarse una hora de asueto.

Durante ese tiempo, podía pasear y charlar con quien quisiera. A las siete debía hallarse de regreso en su casa, a fin de presenciar el noticiario televisado y cultural, que duraba hasta las ocho de la noche.

Pedro solía acudir a un local de esparcimiento, donde se le suministraba gratuitamente un refresco sin alcohol. Había mesas y sillas, aunque no era obligatorio sentarse.

Una máquina le proporcionó el refresco. Pedro vio a unos conocidos y se acercó a ellos.

—Me alegro de verte, Hïllias. Hola, Albya —saludó.

La pareja acogió afectuosamente a Pedro.

—Te veo preocupado —manifestó Hïllias.

—Tengo motivos para ello. ¿Es que no habéis oído las últimas noticias?

—Sí, y estamos consternados —respondió Albya.

—Opinamos que es un crimen —dijo Hïllias.

Y hemos oído muchos comentarios parecidos —agregó la hermosa mujer de Hïllias.

—¿De veras? —preguntó Pedro.

—Como lo oyes —repuso Albya.

—A la gente no le ha gustado la decisión del Gran Consejo.

—En confianza —dijo Albya—, la decisión no ha sido del todo unánime.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Pedro, sorprendido.

Albya sonrió.

—Te lo diré a ti solo, Pedro —repuso—. Hoy me correspondía el turno de las comunicaciones cuando se convocó el Consejo. Soy curiosa y…

—En resumen —agregó su esposo—. El que votó en contra fue Ramdor.

—Ramdor —repitió Pedro—. Siempre me pareció un buen consejero, sensato y ponderado.

—Pero todos los demás aprobaron la propuesta de Kirtos —dijo Albya en tono apesadumbrado.

Dos hombres entraron en aquel momento y se acercaron a la máquina dispensadora de refrescos. Ambos llevaban el uniforme de astronautas.

—Aquí vienen los asesinos —dijo. Pedro en voz alta.

Los astronautas le miraron sorprendidos.

—¿Por qué nos insultas de ese modo? —preguntó uno de ellos.

—¿No os han dado la orden de exterminar a los terrestres?

—Sí, pero…

—Son seres humanos, como vosotros. ¿Os han hecho algún daño?

Los astronautas parecían sentirse desconcertados. Pedro volvió a la carga.

—Bueno, nosotros cumplimos órdenes…

—Ordenes que representan quitar la vida a muchos seres

humanos. Desde que nacisteis, se os inculcó la idea de respetar en absoluto las vidas humanas. ¿Tan distintos a nosotros son los terrestres?

Hïllias intervino para decir:

—Si ejecutáis esas órdenes, más que cumplir el mandato del Gran Consejo Rector, lo que haréis será violar la primera norma de nuestras leyes: el respeto absoluto a la existencia humana.

—¡Ellos son terrestres! —alegó uno de los astronautas.

—Terrestre era tu abuelo —dijo Pedro con vehemencia—. Tal vez alguno de los que mueran bajo tus descargas sea descendiente de tus mismos antepasados.

—Matarás a tus hermanos —intervino Albya.

Los dos astronautas se consultaron con la mirada.

—Vámonos —decidió uno de ellos de repente.

Y se dirigieron hacia la puerta, pero, antes de salir, uno de los asistentes gritó:

—Esos muchachos tienen razón. No os convirtáis en unos asesinos.

—¡Los terrestres no nos han hecho ningún mal! —gritó otro.

Pedro e Hïllias cambiaron una sonrisa.

—La opinión de la gente empieza a cambiar —dijo el primero.

—Felizmente —añadió el segundo.

Albya remató:

—Si la semilla que hemos sembrado crece, la expedición a la Tierra no tendrá lugar jamás.

Capítulo XI

La astronave se posó sobre el suelo marciano en un lugar desierto. Reinaba una oscuridad total y las estrellas brillaban en el cielo con una claridad notable.

Muy a lo lejos, en la línea del horizonte, se veía un leve resplandor.

—Es Port Central, la capital del planeta —explicó Julia.

—¿A qué distancia estamos? —preguntó Kerec.

—Unos treinta kilómetros, aproximadamente.

—Nos cansaremos —se lamentó Luana.

Julia sonrió.

—No hay motivos para alarmarse en ese sentido —dijo.

Kerec se subió el cuello del chaquetón que le había dado Julia, procedente del repuesto de vestuario de a bordo. Debajo llevaba un mono plateado, idéntico al que vestía la joven.

Luana usaba una indumentaria análoga. Julia les había dicho que gracias a ello podrían pasar desapercibidos entre los habitantes de Port Central.

Julia les abandonó un momento. A poco, se oyó un leve chirrido y una plataforma empezó a descender al suelo con suavidad.

Kerec contempló con asombro el extraño vehículo de gruesas ruedas elásticas que descendía en la plataforma. Estaba descubierto y sólo tenía un ancho parabrisas frontal.

—Arriba —dijo Julia.

—Mi abuelo me habló de automóviles —recordó Kerec pensativamente.

—Éste lo es, puesto que se mueve por sí mismo —contestó Julia, mientras se acomodaban en el asiento delantero—. Pero sólo se usa fuera de las ciudades, en el campo o para exploraciones en lugares desconocidos. Dentro de los centros urbanos, se emplean cintas transportadoras, que funcionan día y noche.

—¿Qué fuerza mueve al automóvil?

—Electricidad, generada por unas potentes baterías, capaz de moverlo durante veinticuatro horas, a máxima potencia. Las baterías pueden recargarse conectándolas a la central de fuerza de la astronave.

Julia pisó el acelerador y el automóvil se puso en marcha. Pese a todo cuanto había dicho la joven, Kerec observó la desolación de la superficie marciana.

Además, el frío era muy vivo y el aire sumamente ligero. Kerec calculó una presión equivalente a tres mil metros de altura en la Tierra.

De cuando en cuando, se veían zonas cultivadas y franjas arboladas. En general, el suelo era más bien llano, si bien en ocasiones Julia se veía obligada a dar un rodeo para eludir algún obstáculo de cierta consideración.

El resplandor se acercaba poco a poco. Ahora rodaban ya por una pista rudimentaria, pero que les permitía una mayor velocidad.

—Una carretera de acceso a los campos de labranza —explicó Julia.

—¿No hay patrullas de vigilancia nocturna? —preguntó Kerec.

—Sí, pero muy escasas. Realmente, son innecesarias, residuos, más bien, de otros tiempos en que se necesitaba un mayor control de las actividades ciudadanas.

—Ahora todos son pacíficos, ¿eh?

—Bueno, la gente obedece las leyes, de modo que la policía prácticamente es una reliquia del pasado.

—Algunos no son tan pacíficos —gruñó Kerec, acordándose de la orden de exterminio total de los terrestres.

Minutos más tarde, Julia se salió de la carretera y paró el automóvil al otro lado de una elevada hilera de arbustos.

—Recorreremos el resto a pie —dijo—. Estamos ya demasiado cerca de la ciudad y a estas horas no es normal la circulación de ningún automóvil. De todas formas, nos faltan menos de tres mil metros para llegar a nuestro destino.

Kerec aprobó la decisión de la muchacha. El resplandor de la ciudad era ya mucho más intenso, especialmente en una zona un tanto cercana a ellos.

Avanzaron unos quinientos metros. Kerec se extrañó de la intensidad de la iluminación. Había numerosísimas lámparas de gran potencia, situadas en la cúspide de unos postes de más de cincuenta metros de altura.

Por consejo de Julia, se mantuvieron fuera de la zona iluminada.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

El astropuerto —respondió Julia—. De aquí parten las astronaves con destino a la Tierra y a otros planetas del sistema solar.

Para Kerec y Luana fue un espectáculo increíble ver las hileras de naves posadas en el suelo marciano. Infinidad de figurillas se movían de un lado para otro, desplegando una actividad incesante.

—¿Es normal que los tripulantes estén levantados a estas horas? —quiso saber Kerec.

—Los astronautas son los únicos que, hasta cierto punto, no tienen su vida tan reglamentada como la nuestra —explicó Julia—. Pero, en efecto, resulta extraña tanta actividad a horas avanzadas de la noche.

Se habían detenido en un punto desde el cual, y en la oscuridad, dominaban perfectamente el astropuerto. De pronto, vieron que numerosos hombres corrían a reunirse en un determinado punto.

—¿Qué pasará ahora? —masculló Kerec.

Un hombre corrió y trepó a la escotilla de una nave, en cuyo umbral se detuvo, a fin de dominar mejor la situación. Extendió los brazos y gritó:

—Amigos, compañeros todos. La hora de la partida se acerca. Será la hora de nuestro viaje al planeta Tierra… y cuando salgamos hacia allí, no habrá zarpado una expedición científica, sino una pandilla de asesinos y exterminadores de seres que llevan nuestra misma sangre.

* * *

Kerec y las dos mujeres se quedaron estupefactos al oír aquellas palabras, inesperadas por completo. El orador, extendiendo los brazos para imponer silencio a su auditorio, continuó:

—Así es y todos lo sabéis. La orden es matar a todos los terrestres. Y yo me pregunto, y también todos vosotros: ¿por qué? ¿Qué daño nos han hecho aquellos infelices? ¿No se nos ha enseñado desde pequeños que la vida humana es sagrada?

—Hay que cumplir las órdenes que se nos dan; eso también nos lo han enseñado desde chiquillos —gritó uno.

—Sí, es cierto —admitió el orador—, pero la ley se refiere a órdenes justas y benéficas, no a las que tienden a causar un daño

irreparable. ¿Porque sean terrestres, dejan de ser vidas humanas? ¿O es que hay leyes con dos medidas en este sentido, una para nosotros, los marcianos, y otra para los terrestres, nuestros hermanos?

—Hermanos nuestros, los terrestres —dijo alguien, con visible repugnancia.

—Se te enseñó que todo ser humano es tu hermano. No se diferenció entre marciano o terrestre.

—Estoy contigo —gritó otro de los astronautas—. Los terrestres no nos han hecho nada, que yo sepa.

—A mí me han insultado hoy en Port Central. La gente se opone a la orden de exterminio de los terrestres —gritó uno.

—¿Lo veis? —exclamó el orador, satisfecho—. La gente empieza a pensar. Si vamos a la Tierra y ejecutamos las órdenes de exterminio, jamás podremos mirarnos a la cara. Cada vez que cerremos los ojos, veremos las caras de nuestras víctimas, acusándonos en silencio de una matanza cruenta e inhumana. ¿Y por qué hemos de matarlos? ¿Acaso constituyen algún peligro para nosotros? ¡Pero si ni siquiera disponen de astronaves!

—Resulta absurdo soñar que los terrestres puedan causarnos daño algún día —vociferó otro que pensaba lo mismo que el orador.

Julia tiró de la manga de Kerec.

—Vámonos —dijo—. Creo que ya hemos oído bastante.

—Sí, parece que la situación cambia —convino Kerec, satisfecho.

Echaron a andar. El tumulto era cada vez mayor.

—¡No, no iremos a realizar una matanza! —era una exclamación que podía escucharse de todas las gargantas.

—Antes destruiremos todas las astronaves —propusieron otros.

—Como dijo antes uno, la gente empieza a pensar —repitió Julia.

—Por lo visto, tú empezaste antes que ninguno —observó Kerec.

—Sí —contestó ella, poniéndose seria de pronto—. La reglamentación de nuestros actos está bien siempre que no nos conviertan en máquinas de carne y hueso. Se necesita una mayor libertad de la persona humana y es preciso concederle un margen de responsabilidad en sus actos. Esta teoría es la que no agradó a algunos miembros del gobierno y por dicha razón me acusaron de ser una traidora.

—Sospecho que esos individuos tienen el cerebro anquilosado —opinó Kerec.

—En efecto. Tratan de defender un orden establecido, sin reparar que hay algunos aspectos de nuestra forma de vivir que merecen y deben ser cambiados. Pero es bueno que otros empiecen a sostener mis propias opiniones.

—Eso hará pensar al gobierno, ¿verdad?

Julia suspiró

—Si he de serte sincera, lo dudo mucho —respondió con escepticismo.

* * *

—Me siento como en un sueño —dijo Albya—. Estoy delante de unos seres que no han nacido en este planeta.

—No somos muy diferentes, creo yo —sonrió Kerec.

Albya y su esposo examinaron atentamente a los recién llegados.

—Hay una diferencia —dijo Hïllias.

¿Cuál? —preguntó Luana.

—La piel. La nuestra es muchísimo más blanca —respondió Hïllias.

—Espero que no se trate de un proceso degenerativo —manifestó Albya.

Kerec sacudió la cabeza.

—El viaje ha sido muy rápido —contestó—. Tanto Luana como yo, estamos más habituados a la vida al aire libre. Eso hace tostar la piel, pero no hay motivos para recelar un proceso de degeneración.

—Y la barba… —dijo Hïllias pensativamente.

—Aquí los hombres no la usan. Se considera superfluo y antihigiénico —declaró Julia.

Kerec se pasó la mano por el vello que cubría su mentón.

—Siempre la he usado —manifestó—. Lo único que hacía de cuando en cuando era recortármela para no llevarla demasiado larga. Pero, si es costumbre, me afeitaré sin remilgos.

—Eso es lo de menos ahora —dijo Julia—. Lo interesante es llegar hasta el único que se ha opuesto a los designios del Gran Primer Consejero.

Hïllias y su esposa habían informado a los recién llegados de lo

sucedido en la última sesión del Gran Consejo Rector. Julia era de la opinión que Ramdor podía ayudarlos.

—Pero no sabemos cómo llegar hasta él —manifestó, desanimada.

Hïllias reflexionó unos momentos. De pronto, exclamó:

—Ya está. Hablaré con Pedro. Él fue quien descubrió los signos de vida humana en la Tierra. Le ascendieron tres grados de golpe y ahora, en su nuevo puesto, tiene más facilidad de hablar con un Gran Consejero. Prácticamente, le basta una simple solicitud para conseguir la entrevista sin excesiva demora.

—¡Hum! —dudó Kerec—. ¿Es de fiar el tal Pedro? Porque con su descubrimiento…

—Él es el primero en lamentarlo. Pero lo hizo tan sólo porque creyó que cumplía con su deber. Os aseguro que no hay motivos para desconfiar.

—Muy bien. Entonces, llámalo —decidió Julia.

* * *

El Primer Gran Consejero, Kirtos F-2007 examinó especulativamente al hombre que tenía ante sí, recorriendo con la vista su figura de los pies a la cabeza. Luego se colocó ante él con las manos en las caderas.

—Capitán Vertsy, ¿qué le enseñaron a usted respecto de la vida humana? —preguntó de repente.

—Es preciso respetarla en todas circunstancias, señor —contestó el interpelado.

—Salvo en ocasiones en que el interés superior lo exige.

—Sí, señor.

—Usted es ambicioso, ¿no es cierto, Vertsy?

—Moderadamente, señor; como todo oficial de la Policía.

—Vertsy, usted sabe quién soy yo.

—Sí, señor; el Primer Gran…

—No siga; era una pregunta formularia. Tan sólo quería decirle que puedo concederle ascensos muy rápidos. Podría… en el plazo máximo de un año, por supuesto, otorgarle el cargo de jefe de policía de Port Central y su zona de influencia. Abarca una octava parte de la superficie marciana, con doce ciudades, treinta

poblaciones más pequeñas y otros centros habitados de menor entidad, como usted no ignora.

—En efecto, señor; así es.

—Dentro de cuarenta y ocho horas se le ascendería al rango de tercer jefe de Policía. Pero necesito que me haga un favor.

—Sólo preciso que me diga de qué se trata, señor; y lo realizaré sin vacilar.

—Gracias, capitán Vertsy; sabía que no me había equivocado al llamarle a usted. ¿Conoce al Gran Consejero Ramdor?

Vertsy asintió.

—Sí, señor —contestó.

—Es un hombre ya de alguna edad. Padece del corazón. Sufre mucho y su mal es incurable. Yo quiero ayudarle a evitar sus padecimientos. ¿Comprende lo que quiero decirle, capitán?

Un fuerte estremecimiento recorrió el enorme corpachón del oficial, pero se rehízo en seguida.

—Le entiendo muy bien, señor —respondió.

—De acuerdo —Kirtos emitió una aviesa sonrisa—. Tráigame la noticia del fallecimiento de Ramdor y antes de cuarenta y ocho horas firmaré su ascenso a tercer jefe de la Policía de Port Central. Por supuesto, se necesita, sobre todo, la virtud de la discreción. Si un policía no sabe ser discreto, no merece seguir siéndolo.

Vertsy sonrió también.

—La discreción es la norma primordial en todas mis actuaciones, señor —aseguró.

Capítulo XII

El Gran Consejero Ramdor suspendió sus paseos para detenerse a contemplar a la fila de personas que tenía ante él.

—Esto es una conspiración —refunfuñó.

—¿Por qué? —preguntó Julia—. Sólo se trata de evitar una matanza en masa, señor.

—Ya lo sé —contestó Ramdor—. Pero no es el procedimiento regular para evitarlo.

—¿Va usted a someterse a los absurdos reglamentos marcianos, cuando se trata nada menos que de la supervivencia de sus congéneres terrestres? —protestó Kerec.

—Usted fue el único que votó en contra, señor —intervino Albya.

Ramdor se sorprendió de aquella declaración.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó—. Las votaciones son secretas…

Albya sonrió.

—Hice caso omiso de las reglas, señor —contestó.

Ramdor emitió un bufido.

—Bien, pero, ¿qué puedo hacer yo? —consultó, perplejo.

—Sólo una cosa, señor —dijo Kerec—. Hable al pueblo y dígale lo que sucede.

—El pueblo tiene derecho a saber la verdad —añadió Julia con cálida vehemencia.

—Además, hay una objeción que se me ha ocurrido en este momento —declaró Kerec.

—Hable —le invitó el consejero.

—Es muy sencillo. Ustedes adoptan sus decisiones por votación.

—Sí, es cierto.

—Perfectamente. Pero, dígame, ¿quién les ha elegido a ustedes? ¿Consultaron al pueblo para conseguir sus puestos?

—Oh, no —respondió Ramdor—. Fuimos elegidos por las computadoras.

—Por una máquina —dijo Kerec en tono despectivo.

—No se puede decir que sea un sistema tan malo.

—Sí, pero ustedes pueden votar. ¿Por qué no extender ese

derecho a los demás, sobre todo, en cuestiones de importancia?

Ramdor empezó a rumiar aquellas palabras.

—Ya hace tiempo que vengo pensando en eso o algo parecido —contestó—. Pero nunca me he atrevido a proponerlo al Gran Consejo, temiendo la reacción adversa de nuestros colegas.

—Es lo mismo que yo pensaba y por lo que fui desterrada —dijo Julia—. Pero ahora es lo de menos. La cuestión primordial es evitar la matanza.

—Usted puede dirigirse a la gente —terció Hïllias.

—Hablar desde la emisora de televisión y reputar como un crimen la decisión del Gran Consejo —agregó Albya.

—Sería un golpe de Estado —rezongó Ramdor.

—Que salvaría miles o tal vez millones de vidas humanas —exclamó Kerec.

Hïllias pegó un codazo a su amigo.

—¿Qué dices tú, Pedro?

Pedro no contestó. Estaba muy entretenido mirando a Luana. Y Luana le miraba a él con no menor intensidad.

—Déjalos —le pidió su esposa sonriendo.

—Está bien —accedió Ramdor al final—. Iré a la emisora central de televisión y…

En aquel momento llamaron a la puerta. Ramdor frunció el ceño.

—Una visita —dijo—. No me gustaría que les vieran aquí reunidos conmigo. Escóndanse en la habitación contigua y aguarden a que les diga que pueden salir.

Todos los componentes del grupo corrieron a esconderse. Kerec quedó cerca de la puerta, que dejó entreabierta.

Quería escuchar lo que hablaría Ramdor con su visitante.

* * *

Un hombre entró en la sala. Era alto y muy robusto, de rostro granítico y expresión resuelta.

—Le ruego me perdone por haberle molestado a estas horas tan intempestivas, señor. Soy Vertsy, capitán de Policía.

—No tiene importancia —contestó Ramdor con benigno acento—. ¿Sucede algo, capitán?

—Pues…

Vertsy paseó la mirada a su alrededor. De repente, sin previo aviso, propinó a Ramdor un tremendo empellón y lo tiró sobre un sillón.

Ramdor lanzó un grito de sorpresa. Vertsy agarró un almohadón, se lo puso al consejero en la cabeza y apretó con todas sus fuerzas, a la vez que trataba de evitar con la presión de sus rodillas los movimientos de defensa del atacado.

—Va a asesinarlo —gritó Julia, que había presenciado la escena.

Kerec abrió la puerta y se precipitó en la sala.

¡Quieto! —exclamó.

Al oír aquella voz, Vertsy se volvió, sumamente sorprendido. Ramdor pudo apartar el almohadón y forcejeó para librarse de las manos que lo sujetaban al asiento.

—Ayúdeme —pidió a voz en cuello.

Vertsy soltó una terrible maldición y echó su mano al cinturón, donde llevaba una pistola solar. Kerec fue más rápido y cargó impetuosamente, agachando la cabeza.

El impacto derribó a Vertsy con los pies por alto. El policía, sin embargo, se recuperó al instante y asestó a Kerec un tremendo golpe que lo lanzó contra la pared más próxima.

Kerec quedó aturdido unos instantes. Lanzando una maldición, Vertsy se agachó a recoger la pistola perdida en la caída.

Pero su mano se cerró en el vacío; Julia, más viva, se había apoderado del arma.

—La tengo yo —dijo— y dispararé si se mueve.

Los demás aparecieron en la estancia. Vertsy los miró con ojos de furia.

Ramdor se puso en pie.

—Usted quiso asesinarme, capitán —dijo, ya recobrado del susto recibido—. Eso es una acción sin precedentes, que merece un justo castigo.

Vertsy se sintió de repente como una fiera acorralada.

—Espere, consejero —terció Kerec—. Tengo la seguridad de que Vertsy no ha obrado por propia iniciativa.

Lo mismo creo yo —afirmó Julia.

—¿Quién le ordenó dar muerte al Gran Consejero? —inquirió Kerec.

Vertsy apretó los labios.

—No quiere hablar —dijo Pedro.

—Esto tiene fácil arreglo —aseguró Kerec.

Se acercó a Julia y se apoderó de la pistola. Levantó el arma y apuntó al cuerpo del prisionero.

—Hable o disparo —amenazó—. Le doy sólo diez segundos para decidirse.

La cara de Vertsy tomó un color terroso.

—No dispare —rogó, lleno de pánico—. Fue… fue el Primer Gran Consejero.

—¡Kirtos! —exclamó Ramdor.

—Sí —confirmó el oficial.

—Pero ¿por qué? —se extrañó Julia.

—Soy un temible adversario para él —replicó Ramdor.

—Me dijo que usted padecía del corazón… —declaró Vertsy sin que nadie le formulase la menor pregunta.

—¡Jamás he padecido del corazón! —exclamó Ramdor encolerizado.

—Está claro —dijo Kerec—. Ese Kirtos quiere que las cosas sigan igual y por eso no tolera obstáculos. Primero se deshizo de Julia, ahora quería hacer lo mismo con usted; más adelante, con cualquiera que se hubiese opuesto a sus designios.

—¡Y pensar que Kirtos fue elegido por una máquina! —exclamó Julia entre despectiva y apesadumbrada.

Ramdor juntó la mandíbula.

—Hablaré al pueblo y le contaré la verdad —prometió, decidiéndose.

En aquel momento llegó un confuso griterío desde la calle.

Kerec corrió hacia la ventana. La influencia de la antigua civilización terrestre era patente en la construcción de los edificios.

Una muchedumbre, compuesta por varios centenares de personas, caminaban por el centro de la calzada, fuera de las cintas transportadoras, lanzando diversos gritos. Los policías contemplaban la escena, desconcertados, sin atreverse a intervenir.

Julia se acercó también allí. Los ojos de la muchacha captaron la imagen de más de un uniforme de astronauta.

—Gritan contra la matanza —dijo ella, complacida.

—Consejero, acérquese —pidió Kerec.

Ramdor se asomó a la ventana. Los demás se asomaron a las restantes de la sala.

Los gritos aumentaban. Todos tenían un denominador común: protestaban contra la proyectada exterminación de los terrestres.

—¿Y ahora, consejero? —dijo Kerec.

La vista de la multitud vociferante acabó de disipar las últimas dudas en el ánimo de Ramdor.

—Ya lo había decidido —contestó—, pero ahora estoy más resuelto que nunca.

De pronto sonó un agudo grito, salido de la garganta de Albya:

—¡Vertsy se ha escapado!

* * *

Hïllias y Albya decidieron acompañar a Ramdor a la emisora de televisión. Kerec, Julia y Luana deliberaron con Pedro acerca de lo que debían hacer.

—Hablar con Kirtos —propuso Kerec.

—Lo veo muy difícil —objetó Pedro.

—¿Por qué?

—Su residencia está muy bien guardada.

Kerec soltó una risita sarcástica.

—Eso se contradice por completo con lo que se predica aquí acerca del respeto a la vida humana. ¿Es que tiene miedo de que lo asesinen? —preguntó.

—No es eso —respondió Pedro—. Se trata de una guardia destinada más bien a realzar su rango.

—Ah, vamos, algo así como una especie de guardia de honor.

—Sí, en efecto.

—Mejor todavía. No estarán acostumbrados a combatir.

—Pero tienen armas solares —alegó Julia.

—Bueno, intentaremos hablar con él. Si nos niegan la entrevista… entonces decidiremos lo que se debe hacer. ¿Está muy lejos la residencia de Kirtos?

—No demasiado. A un kilómetro de distancia, en el centro de la ciudad.

—Muy bien, entonces, no nos demoremos más.

En el momento de salir, Julia retuvo a Kerec por la manga de su

traje.

—Es muy probable que Kirtos esté prevenido ya —dijo—. Recuerda que Vertsy consiguió escapar.

—Lo tendré en cuenta —respondió el joven.

* * *

—De modo que Ramdor se ya a dirigir al pueblo por la televisión.

—Sí, señor; eso fue lo que dijeron. Yo conseguí escapar y…

Kirtos miró ceñudamente al oficial de Policía.

—Vertsy, usted falló en la misión que le había encomendado — dijo en tono acusador

—Le ruego me perdone, señor. ¿Cómo iba a suponer yo que Ramdor tenía tantos visitantes? Eran más que yo y me sujetaron entre todos…

—Usted disponía de una pistola solar, Vertsy.

—Sí, pero me la arrebataron…

—Ah, de modo que se dejó quitar el arma. Por fortuna, no ha sido ascendido todavía. Hubiera resultado catastrófico que un hombre como usted ocupase un puesto de responsabilidad en la Policía.

Vertsy enrojeció vivamente.

—Señor, yo…

Quítese de mi vista en seguida —rugió Kirtos—. No quiero tener en mi presencia a un hombre que no es más que una nulidad con patas.

Al oír aquellas palabras, Vertsy se puso furioso.

—Cumplí sus órdenes —vociferó.

—¿Cómo? Yo no le he dado ninguna orden —contestó Kirtos—. ¿Trata acaso de calumniarme?

Vertsy se quedó parado un instante. Pero en seguida comprendió.

—Ahora negará lo que me ordenó —masculló—. Bien, es igual; ellos lo saben ya. Yo se lo dije; a la fuerza, pero se lo dije.

Kirtos se puso pálido.

—¿Usted… declaró que yo le había ordenado…?

—Sí, y lo dije en presencia de siete testigos. De modo que ya

puede ir pensando en lo que le va a pasar, porque, después de esto, ¿quién va a seguir considerándole como Primer Gran Consejero?

La cólera cegó a Kirtos. Inesperadamente, se lanzó sobre su mesa, sacó una pistola solar y disparó contra Vertsy.

La descarga abrasó el corazón del policía, quien se desplomó fulminado al suelo.

Pero quedaba el cuerpo. Era comprometedor.

Kirtos puso el indicador del arma en máxima tensión, apretó el gatillo y el cadáver se convirtió el humo, después de un cegador relámpago.

La combustión fue tan rápida, que no tuvo tiempo de propagarse al suelo. Por esto no quedó ninguna marca.

Acto seguido, Kirtos se precipitó sobre el fonovisor y marcó un número.

—Póngame inmediatamente con el Jefe de la Policía —pidió unos segundos más tarde.

No tardó en obtener la comunicación. Entonces, con voz solemne, dijo:

—General Lessen, he recibido información de que unos desalmados intentan asaltar la emisora central de televisión, a fin de emitir noticias subversivas. Le ordeno aplaste ese movimiento sedicioso por todos los medios a su alcance.

* * *

La residencia del Primer Gran Consejero era un edificio relativamente pequeño, de elegante traza, rodeado por unos jardincillos de diseño geométrico, muy bien cuidados. No había valla en torno al recinto, por el que se paseaban algunos guardias uniformados, con cara de aburridos.

La gente desfilaba sin prisas en las cintas deslizantes ante el edificio. Kerec, al contemplar la escena, pensó que las noticias de la manifestación de protesta no habían llegado hasta allí, al menos de un modo externo.

—Aquí es —dijo Pedro.

Kerec inspiró con fuerza.

—Bueno, ¿a qué esperamos?

Y echó a andar hacia la entrada por el sendero central.

Un oficial de policía le cerró el paso.

—No se puede seguir adelante —dijo.

—Voy a ver al Primer Consejero —manifestó Kerec, impasible.

—El pase —pidió el oficial.

—¿Qué pase?

—Vamos, vamos, no se haga el desentendido. Tiene que traer un pase, expedido por la secretaría del Primer Gran Consejero. Cuando lo traiga, le dejaré entrar.

Kerec dudó un instante. Julia y los otros dos aguardaban anhelantes su decisión.

—La verdad es que… ¡Oiga! ¡Esa astronave se va a desplomar! —exclamó de pronto.

El oficial cayó en la trampa como un ingenuo y levantó la mirada. El puño derecho de Kerec actuó como una catapulta.

Los otros guardias se alarmaron.

—¡Quietos! —ordenó Kerec, apuntándoles con la pistola solar de Vertsy—. Mataré al primero que se mueva.

Los guardias se inmovilizaron en el acto. Kerec agitó la mano izquierda.

—Julia, Pedro, Luana, desarmadlos —ordenó.

Las pistolas de los vigilantes cambiaron bien pronto de manos. Por consejo de Kerec, Pedro se encargó de encerrarlos en una habitación con doble vuelta de llave.

—Y ahora, vamos al despacho de ese asesino.

Kerec se lanzó corriendo por las escaleras que conducían al primer piso. Pedro le señaló una puerta.

—Allí.

Kerec no se hizo repetir dos veces la indicación. Tampoco quiso molestarse en llamar; cargó con el hombro contra la puerta y la hizo saltar con gran crujido.

Al oír aquel estruendo, un hombre se volvió en el acto.

Era Kirtos y todavía tenía la mano sobre el conmutador de su aparatos de comunicación.

—Los rebeldes —dijo casi instintivamente.

—Exacto —confirmó Julia con voz vibrante—. Los rebeldes… y también un par de terrestres que vienen a impedir la matanza que usted y unos cuantos más han planeado fría y despiadadamente.

Capítulo XIII

Kirtos contempló con curiosidad a los recién llegados.

—De modo que dos terrestres —dijo—. ¿Quiénes son?

—Yo —contestó Kerec, adelantando un paso—. Y esta muchacha —señaló a Luana.

—Es la primera vez que veo a dos seres no nacidos en Marte —declaró Kirtos sin inmutarse.

—Como ve, no tenemos cuernos, ni rabo ni tentáculos en lugar de cabellos. Somos tan humanos como usted —dijo Kerec.

—Y como su padre y su abuelo y todos sus ascendientes —agregó Luana.

Ya, ya —murmuró Kirtos con acento pensativo—. Pero no son marcianos.

—¿Hay alguna diferencia entre terrestres y marcianos, salvo por el lugar de nacimiento?

—Ésa es precisamente la diferencia sustancial, mi impetuoso amigo. El lugar de nacimiento es vital en según qué casos.

—Somos humanos —protestó Luana.

—No lo niego, pero el hecho de haber nacido en la Tierra la marca a usted indeleblemente.

—Nuestros antepasados colonizaron este planeta y legaron a ustedes la civilización en que hoy viven.

—Y también sus sentimientos de odio y codicia, sentimientos que nosotros logramos extirpar con el paso de los años.

—Una tarea muy encomiable —admitió Kerec—, pero que ustedes han desvirtuado con su actual sistema de vida.

—¿Quiere decirme por qué? —preguntó Kirtos con toda cortesía.

—Por la sencilla razón de que han convertido al ser humano en un ente embrutecido, sin capacidad para pensar ni decidir por sí mismo y sujeto a una serie de reglas y restricciones que lo convierten literalmente en una máquina viviente. Es un precio muy elevado, para a la larga no sufrir las consecuencias.

—¿Qué consecuencias, por favor?

—La vuelta al modo de vida anterior —intervino Julia—. Que cada uno decida, de acuerdo con todos los demás, respetando las decisiones de la mayoría, pero con capacidad propia para tomar

partido por un lado o por otro, libremente, sin interferencias ni injerencias ajenas.

—No se dirá que el Gran Consejo no vela por el bienestar de la población marciana —dijo Kirtos.

—Vela porque haya máquinas vivientes, a las que quita toda capacidad de pensar.

—Nosotros, los Grandes Consejeros, estamos capacitados para tomar las decisiones más adecuadas en los momentos convenientes —declaró Kirtos con orgullo en su voz.

—¿También la de exterminar a la población viviente de la Tierra? —preguntó Kerec.

—Sí, también.

—Pero ¿por qué esa insistencia en exterminar a los terrestres? —quiso saber el joven, intrigado.

—¿Desea una respuesta franca y sincera? —preguntó Kirtos.

—Sí, señor, no sólo la deseo, sino que la exijo.

—Pues bien, le daré la respuesta. Vamos a exterminar a los terrestres porque son inteligentes, porque se están rehaciendo —y usted es una buena muestra de ello— después del Gran Conflicto que asoló aquel planeta; porque un día, a la larga o a la corta, construirán astronaves, vendrán a Marte y querrán imponernos su ley. Y eso es lo que yo y los demás consejeros tratamos de evitar.

Kerec miró horrorizado a aquel individuo que hablaba con tanta frialdad de una matanza en masa.

—¿Cómo saben que los terrestres haremos un día una cosa semejante? —exclamó—. Su decisión de exterminio se basa solamente en suposiciones sobre un futuro considerado a largo plazo… y los futuros a largo plazo no suelen cumplirse.

—Eso da lo mismo —contestó Kirtos sin pestañear—. La decisión está tomada y es irrevocable,

—Terrestres y marcianos tienen un mismo origen. Son hermanos —protestó Kerec.

Kirtos hizo una mueca de repugnancia.

—Yo soy de Marte y no tengo nada en común con usted —replicó.

—No le convencerás, Kerec —dijo Julia.

—No, no me convencerá — aseguró Kirtos, impasible.

—Pero esa orden de exterminio no se cumplirá. Los astronautas,

en su mayoría, se niegan a despegar hacia la Tierra.

—Lo sé. Se han amotinado muchos, pero quedan todavía otros muchos fieles. La orden se ejecutara.

—¿Usted cree? —sonrió Kerec—. Quizá ya en estos momentos haya alguien hablando al pueblo para exponerle la verdad.

—¿Se refiere usted al Gran Consejero Ramdor?

—Sí, al mismo.

Kirtos hizo un leve gesto con la cabeza.

—Temo que sólo conseguirá un estrepitoso fracaso con su pretendido golpe de Estado —declaró, sonriendo aviesamente—. Cuando irrumpieron ustedes, acababa de dar orden al general Lessen, jefe de toda la Policía, de impedir a cualquier precio que el traidor Ramdor se dirija al pueblo por televisión.

* * *

Un profundo silencio se abatió sobre la estancia apenas hubo pronunciado Kirtos tales palabras. Julia trató de penetrar el significado pleno de la declaración del Primer Gran Consejero.

Kerec lo adivinó en seguida. Ramdor sería detenido.

Y ellos también. Lo de menos, con ser grave, era su propia suerte.

Los planes marcianos de exterminación de la población terrestre, se cumplirían. Y el planeta Tierra quedaría deshabitado por los siglos de los siglos.

Kirtos sonreía. Al mirarlo, Kerec vio que había leído sus pensamientos en la expresión de su rostro.

—Sí —confirmó Kirtos—; todos ustedes serán detenidos. Los astronautas amotinados recibirán su castigo y otros emprenderán viaje para eliminar a los terrestres.

El pecho de Kerec se dilató.

—No permitiremos que semejante plan se lleve a efecto —declaró tajantemente—. Julia, ¿conoces tú el emplazamiento de la emisora de televisión?

—Sí, está a menos de trescientos metros de aquí —respondió la muchacha.

—Bien, será cosa de que echemos una mano al consejero Ramdor…

—¡Alto ahí!

Kerec se detuvo en seco. Kirtos le apuntaba con una pistola solar.

—Si piensan que voy a dejarles ir libremente, se equivocan de medio a medio —dijo con frialdad en la voz—. Ahora mismo llamaré de nuevo al general Lassen y…

El pie de Kerec se movió de pronto y la pistola voló por los aires. Kirtos lanzó un aullido de rabia.

—¡La pistola, Pedro! —gritó Kerec, sabiendo que el aludido carecía de armas.

Kirtos se precipitó sobre el visófono. Kerec saltó impetuosamente hacia él.

Estaba acostumbrado a saltar en un ambiente de gravedad muy superior a la que reinaba en aquel planeta, de modo que su impulso casi le hizo rebasar a Kirtos. Pero lo alcanzó en un hombro y le hizo estrellarse contra la pared opuesta.

Kirtos quedó aturdido, pero todavía en pie. Kerec lo agarró por un hombro con la mano izquierda y disparó demoledoramente su puño derecho.

Fue suficiente. Kirtos lanzó un hondo suspiro y se desplomó al suelo sin conocimiento.

Kerec, acto seguido, avanzó hacia la mesa, arrancó el fonovisor y lo estrelló con furia contra el suelo.

—Ya no podrá avisar a la policía cuando despierte —dijo—. Y ahora, vámonos antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo XIV

El director de la emisora miró pensativamente a su solicitante.

—Temo que lo que me pide usted, Gran Consejero, esté contra las reglas —manifestó con acento de duda.

—Amigo Bernez —contestó Ramdor, procurando mantener la calma—, deje que sea yo quien me preocupe del aspecto legal de este asunto. ¿Cuánto falta para el próximo noticiario reglamentario?

Bernez consultó el reloj.

—Doce minutos, señor —respondió.

—Muy bien. Haga que el locutor anuncie en primer lugar que va a emitirse una noticia de gran importancia. Luego hablaré yo.

—Bien, señor. Dejo en sus manos la responsabilidad de esta acción, que se realiza contra mi voluntad.

—Daré cuenta de mis actos ante el Gran Consejo Rector —aseguró Ramdor.

Bernez habló brevemente por el intérfono. Luego se puso en pie.

—Por favor, acompáñeme al estudio donde se emiten las noticias —rogó.

—Con mucho gusto.

Los minutos pasaron rápidamente. Al fin llegó la hora de la emisión.

El locutor se dispuso a hablar. Ramdor daba vueltas en su mente a las frases que iba a pronunciar. Hïllias y Albya le acompañaban, en silencio.

De pronto se oyó rumor de pasos. Alguien habló ásperamente en el exterior del estudio.

—¡No se puede entrar! ¡Está a punto de iniciarse la emisión!

—Déjeme pasar, estúpido. ¿Es que no me conoce? —contestó alguien con voz encolerizada.

Ramdor y Bernez volvieron la cabeza al mismo tiempo. La puerta se abrió y varios hombres uniformados entraron en el estudio.

—Soy el general Lassen —anunció uno de ellos pomposamente —. ¿Quién de ustedes es el Gran Consejero Ramdor?

—Yo —contestó el aludido, avanzando un paso.

Lassen dio otro paso en dirección hacia Ramdor.

—Señor, tengo el sentimiento de anunciarle que, en cumplimiento de las órdenes emitidas por el Primer Gran Consejero, me veo obligado a detenerle e impedir la acción que se proponía realizar.

—¡Eso es ilegal! —gritó Ramdor—. ¡Nadie puede detener a un Gran Consejero sin la audiencia de todos los demás!

Lessen sonrió.

—¿Era acaso más legal el discurso que usted se proponía emitir por televisión?

Ramdor se quedó parado un instante. Luego dijo:

—General, le recuerdo que, como Gran Consejero, tengo autoridad sobre usted.

—En efecto, señor —se inclinó Lessen—, pero sólo le obedeceré en cuanto se refiera a conflictos con las reglas y para restablecer el orden alterado, no para alterarlo voluntariamente, como pretende.

—Son argumentos especiosos…

—Lo siento, señor —le cortó Lessen de modo tajante—. Se me ha informado que usted se disponía a cometer un acto ilegal y yo he venido a impedirlo, eso es todo. Le ruego, Gran Consejero, abandone el estudio inmediatamente. Por favor, no me obligue a emplear la fuerza.

Los ojos de Ramdor fulguraron de ira impotente.

No tenía opción. Lessen y sus hombres estaban armados.

Con gesto cansado, sintiéndose derrotado, se volvió hacia sus acompañantes.

—Vámonos —dijo.

Hïllias y Albya asintieron en silencio.

También ellos se sentían derrotados.

La rebelión había sido sofocada apenas nacida. El exterminio de los terrestres se consumaría.

Y todo por el miedo de unos hombres momificados mentalmente, el miedo a cambiar la situación, el miedo a un futuro todavía lejano e impreciso, el miedo a un hipotético ataque terrestre que, en el mejor de los casos, no se realizaría sino hasta pasados varios siglos.

Pero, sobre todo, por el ansia de conservar el poder a toda costa y mantenerse en sus posiciones de, privilegio.

Salieron del estudio, seguidos de los policías. Lessen caminaba

inmediatamente detrás de Ramdor.

Apenas habían dado dos pasos. Lessen sintió que algo frío se apoyaba en el lado derecho de su cuello.

—General —sonó una voz enérgica—, dé orden a sus hombres de que tiren las armas o le convertiré en cenizas aquí mismo.

* * *

La sorpresa de los presentes fue enorme. Lessen boqueó como si se hubiese quedado sin aire de repente.

—Pero… pero…

—Vamos, pronto —gritó Kerec, impaciente.

Cinco o seis pistolas cayeron al suelo. Lessen hervía de rabia impotente.

—Consejero —añadió Kerec—, entre y diríjase al pueblo marciano. Hable con sinceridad y exprese toda la verdad.

—Sí, lo haré ahora mismo —contestó Ramdor.

Lessen se resignó a lo irremediable.

—Cedo ante la fuerza —dijo.

—General —sonrió Kerec—, cede ante la razón, que no es lo mismo. Por lo demás, nadie pretende hacerle daño ni arrebatarle su puesto. Sólo deseamos que se respeten las vidas terrestres. Los habitantes de aquel planeta, créame, no albergamos la menor intención hostil contra Marte.

Lessen contempló al joven con admiración.

—Nadie diría que es usted un terrestre —aseguró.

—No soy distinto a los marcianos —rió Kerec—. A fin de cuentas, procedemos de un tronco común.

—Es verdad —asintió el general pensativamente—. Y nunca he acabado de comprender el porqué de una orden tan cruel.

—¿Se tomaron siquiera la molestia de explicar los motivos? No todas las órdenes deben ser obedecidas a ciegas; el que manda está en la obligación de explicar las causas por las cuales da una orden y el que obedece la acata entonces disciplinariamente. Sólo así se obtiene una total compenetración entre gobernantes y gobernados.

—Esto es nuevo —dijo Lessen.

—No, no es nuevo; es tan antiguo como el mundo, y aquí mismo, estoy seguro, hubo un tiempo en que se hizo así. Pero luego

el sistema degeneró en un autoritarismo rígido, encerrado en una coraza de normas y reglas, muchas de ellas necesarias, dadas las peculiaridades de la vida en Marte, pero otras absurdas y superfluas. Comprende que se reglamente la existencia de una nación, pero no hasta el punto de suprimir por entero la libre iniciativa de sus moradores y hacer que sus gobernantes sean elegidos artificialmente.

—¿Artificialmente? —repitió Lessen.

—Sí, por máquinas. Son los hombres quienes deben elegir a los que han de mandarles y no delegar esta función en unos artefactos no siempre confiables, como se ha demostrado en el caso del Primer Consejero.

—Tendré que meditar mucho sobre esto —dijo el general.

—Le sobrará tiempo —intervino Julia sonriendo—. Las cosas ya no serán iguales en Marte a partir de ahora.

—¿Qué tal si escuchásemos el discurso de Ramdor? —sugirió Pedro.

Ramdor estaba hablando ya ante las cámaras.

Fue un discurso muy bonito. Kerec reconoció que el consejero tenía un gran poder persuasorio.

Sí, como había dicho Julia, las cosas ya no serían iguales en Marte a partir de aquel momento.

—…y por tanto —concluyó Ramdor—, yo, asumiendo la responsabilidad total, cancelo la orden de exterminio total de nuestros hermanos, los terrestres, a quienes, en todo caso, ayudaremos en la medida de nuestras fuerzas, a fin de que puedan rehacer su civilización, sumida en las tinieblas de la ignorancia a consecuencia de una catástrofe, no provocada ni deseada por los actuales moradores de aquel planeta. También declaro disuelto el Gran Consejo Rector, cuyos miembros quedan suspendidos en sus funciones a partir de este momento. Se elegirá un gobierno provisional, que convocará…

Un repentino revuelo se produjo de súbito en el exterior del estudio. Kerec se volvió.

Alguien manejó una pistola solar. Un hombre cayó al suelo.

Sonó un grito femenino.

—¡Es Kirtos!

Kerec sacó su pistola. Lívido, desencajado por la ira, el Primer

Gran Consejero hizo irrupción en el estudio, empuñando una pistola solar.

—¡Esto es una traición! —aulló, ebrio de furia.

Y disparó contra Ramdor, pero éste se agachó oportunamente y la descarga hizo estallar una cámara de televisión.

Kirtos quiso rectificar la puntería. Kerec no se lo permito.

Con la sorpresa pintada en el semblante, Kirtos se desplomó al suelo. Pataleó un instante y luego se quedó quieto.

Kerec movió la cabeza.

—Él no dejó otra alternativa —dijo.

Ramdor se incorporó.

—No se considere culpable —dijo—. Resulta lastimoso, pero un hombre como Kirtos, dada la posición en que se había situado, no podía tener otro fin.

* * *

Las gentes eran las mismas, pero daban la impresión de haber cambiado. Se veían ojos brillantes y caras sonrientes.

—El cambio ha sido notable en estos pocos días —dijo Kerec, quien paseaba por la calle en compañía de Julia.

—Sí —convino la muchacha—. Ahora, por primera vez en bastantes años, quizá para muchos de ellos desde que nacieron, pueden pensar y decidir por sí mismos.

—Ya no asistirán a los noticiarios y emisiones obligatoriamente. Eso era un lavado de cerebro, Julia; y cuando, una vez hayan acabado su trabajo, tengan ganas de salir, saldrán y no se recluirán en sus casas, como antes estaban obligados a hacer.

Julia suspiró.

—Es preciso reconocer que hubo un tiempo en que fue necesaria una rígida reglamentación de la vida en Marte. Las circunstancias lo imponían, pero el gobierno no supo adaptarse a la nueva situación. Ahora ya no es necesario vivir en cúpulas ni ahorrar cada gramo de aire o cada kilovatio de energía, ni se necesita tampoco un esfuerzo absoluto para acondicionar el planeta a las exigencias de la vida de los seres humanos. Esto fue lo que no sólo Kirtos, sino sus antecesores, no supieron ver.

—Por fortuna, tú iniciaste esta especie de sacudida que ha

conmovido a todo el planeta.

Julia se encogió de hombros.

—¿Qué más da? —contestó—. Yo u otro cualquiera. Tenía que llegar, tarde o temprano. Alguien, un día, se hubiese dado cuenta de lo absurdo de esta situación, en que el ser humano no contaba sino como un número, una cifra sin rostro, sin pensamiento, sin ideas… Ero algo que no podía ser y tenía que acatar.

De pronto se paró y le miró a la cara.

—¿Que piensas hacer tú ahora? —preguntó.

Kerec la contempló fijamente durante unos segundos.

Luego elevó su vista al cielo marciano y trató, de buscar un punto en el espacio.

—Este es un lugar maravilloso —contestó al fin—. pero mi hogar está allí, donde nací yo y nacieron mis antepasados. Y hay gentes a las cuales es preciso ayudar a construir la Nueva Tierra.

* * *

—Yo me voy también —dijo Pedro—. Luana quiere volverse a la Tierra.

—Tendrás dificultades. Allí está todo por hacer —alegó Kerec.

Pedro sonrió.

—Resultará maravilloso vivir en un ambiente primitivo, pero con la ventaja de unos conocimientos muy superiores a los del hombre prehistórico. Además, pienso igual que tú; allí hay mucho que hacer y es preciso empezar cuanto antes.

Kerec puso una mano en el hombro de Pedro.

—Vendrás al planeta de tus antepasados… de tus hermanos —contestó.

Hïllias y Albya anunciaron igualmente su decisión de trasladarse a la Tierra.

—Queremos ayudar a los terrestres —dijeron—. Y no somos los únicos que piensan igual.

Kerec sonrió.

Era un terrestre y amaba a su planeta natal. La Tierra, pensó, volvería a salir de sus tinieblas.

* * *

Las llamas ardían alegremente en el campamento. Para Pedro, Hillias y Albya era un espectáculo totalmente nuevo.

Un río corría cerca de ellos. Soplaba una leve brisa y susurraban las hojas de los álamos.

A lo lejos se veían otras hogueras. Muchos marcianos iniciaban su primer contacto con el mundo de sus antepasados.

Kerec estaba sentado junto a Julia. Ninguno de los dos había mencionado nada al respecto, pero ambos estaban seguros de que eran el uno para el otro.

La suya sería la primera unión de un terrestre con una marciana, pero no sería la última, ciertamente.

De repente, una elevada figura apareció junto a la hoguera. Era un hombre vestido con largos ropajes, de avanzada edad y frondosa barba blanca.

Kerec se puso en pie de un salto.

—¡El Inmortal! —exclamó.

Los otros, estupefactos, contemplaban en silencio la escena.

—Así me llamabais aquí, pero no soy inmortal —contestó el anciano.

—Te creíamos muerto…

—Necesitaba retirarme una temporada a meditar. Había cometido muchos errores.

—¿Tú? —se extrañó Kerec.

—Sí, y el principal de ellos fue creeros como chiquillos y tratar de induciros a realizar actos que tal vez no os convenían.

—Tus consejos fueron siempre acertados.

—Pero me equivoqué muchas veces. En ocasiones, recuérdalo, no conseguí borrar de las mentes el odio y la envidia;

—Eran seres rencorosos, casi salvajes —calificó Kerec.

—Pero humanos, a pesar de todo. Yo sólo quería hacer que volvieseis a ser como los hombres eran antes y que recobrarais las ventajas de una civilización perdida.

—Lo hemos conseguido.

—Afortunadamente, sin mi ayuda —sonrió el anciano—. Ya no me necesitaréis más.

—¿Quién eres tú? —preguntó Julia de repente—. Kerec me habló mucho de ti… ¿Eres verdaderamente inmortal?

—No, sólo un hombre muy viejo —replicó el interpelado—. He tenido la suerte de vivir muchísimos años y de acumular experiencia y sabiduría, sólo eso. Pero no por ello he logrado ser más sabio; también, repito, he cometido errores.

—¿Quieres quedarte con nosotros? —invitó Pedro.

El anciano hizo un gesto negativo.

—No. Mi puesto no está aquí. Me necesitan en otras partes. ¡Adiós!

Dio media vuelta y se fundió con las tinieblas.

—Un hombre muy extraño… —comentó Julia, después de un largo espacio de silencio.

—Pero bueno y caritativo —dijo Kerec—. A mí me hizo mucho bien con sus consejos.

—Otros los necesitan —sonrió la muchacha.

En el fondo de su alma, Kerec deseó que el Inmortal no se tropezase de nuevo con el odio y la envidia. Sin embargo, sabía que el anciano, pese a todos los obstáculos, seguiría adelante con su labor de consejo y ayuda a quienes lo necesitaban.

Y entonces, de golpe, lo comprendió todo. Comprendió que su tarea era ayudar a reconstruir el planeta.

Miró a Julia y sonrió. Con la muchacha a su lado, lo conseguiría.

Terrestres y marcianos ya no serían rivales, sino descendientes de un tronco común.

Hermanos.

FIN

Encuentre en nuestras colecciones de
bolsilibros un mundo lleno de acción,
violencia, intriga y misterio, tratado
con un realismo histórico dentro
de un estilo ágil y actual.

CIENCIA FICCIÓN ESPACIO
HAZAÑAS DEL OESTE
TORNADO
SEIS TIROS
RUTAS DEL OESTE
HAZAÑAS BÉLICAS
SIOUX
ESPUELA

Publicaciones quincenales Precio: 10 ptas.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA — Publicación quincenal — 10 PTAS.


RUTAS DEL OESTE — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SEIS TIROS — Publicación quincenal — 10 PTAS.


HURACÁN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SIOUX — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPUELA — Publicación quincenal — 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS — Publicación quincenal — 10 PTAS.

ANTICIPACION


CIENCIA FICCIÓN — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPACIO — Publicación quincenal — 10 PTAS.